



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA**

**“(IN)FORTUNIO DE LO FEMENINO: DESEO, GOCE
Y FORMAS DE SUBJETIVACIÓN”**

TESIS

**QUE COMO PARTE DE LOS REQUISITOS PARA OBTENER
EL GRADO DE MAESTRA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA**

PRESENTA:

CINTHYA BERENICE RODRÍGUEZ PIEDRA

DIRIGIDA POR:

DR. CARLOS GERARDO GALINDO PÉREZ

SANTIAGO DE QUERÉTARO, QRO., ABRIL DE 2013.

La presente obra está bajo la licencia:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>



CC BY-NC-ND 4.0 DEED

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

Usted es libre de:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

Bajo los siguientes términos:



Atribución — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.



NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con [propósitos comerciales](#).



SinDerivadas — Si [remezcla, transforma o crea a partir](#) del material, no podrá distribuir el material modificado.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni [medidas tecnológicas](#) que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia.

Avisos:

No tiene que cumplir con la licencia para elementos del material en el dominio público o cuando su uso esté permitido por una [excepción o limitación](#) aplicable.

No se dan garantías. La licencia podría no darle todos los permisos que necesita para el uso que tenga previsto. Por ejemplo, otros derechos como [publicidad, privacidad, o derechos morales](#) pueden limitar la forma en que utilice el material.



Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Psicología
Maestría en Psicología Clínica

(In)fortunio de lo femenino: deseo, goce y formas de subjetivación

TESIS

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de Maestro en Psicología
Clínica

Presenta:

Cinthya Berenice Rodríguez Piedra

Dirigido por:

Dr. Carlos Gerardo Galindo Pérez

SINODALES

Dr. Carlos Gerardo Galindo Pérez
Presidente



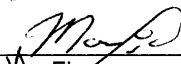
Firma

Dra. María Laura Sandoval Aboytes
Secretario



Firma

Dr. Mario Orozco Guzmán
Vocal



Firma

Mtra. Gabriela Ordaz Guzmán
Suplente



Firma

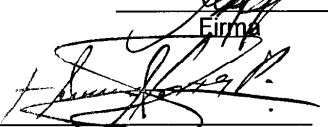
Mtra. Sonia Sujell Vélez Baez
Suplente



Firma



M.D.H. Jaime E. Rivas Medina
Director de la Facultad de Psicología



Dr. Irineo Torres Pacheco
Director de Investigación y Posgrado

Centro Universitario
Querétaro, Qro.
Abril de 2013
México

RESUMEN

Es el psicoanálisis una teoría del sujeto, que le apuesta a eso que distingue al ser humano de las demás especies del mundo y que lo hace sujeto: el lenguaje, aquello que da cuenta de un deseo que lo singulariza. Es así, que bajo dicho paradigma del psicoanálisis se escribe la presente tesis con la finalidad de decir sobre la mujer y sus decires, desde su sin lugar que la coloca aunque inestable, para seguir abriendo camino en el cual pueda marchar desde su inquietud, desde sí. Plantear la cuestión del sujeto y su deseo y cómo se entreteje en lo femenino; se articula sobre las formas de subjetivación de la mujer que fue enunciada por Freud el continente oscuro, de la cual poco se sabe por su propia naturaleza, porta una falta tangible en una cavidad oscura, una falta que la subjetiviza, que la hace ser aunque no toda.

Se comienza con el abordaje del ser dando un pasaje al sujeto del psicoanálisis, al sujeto del inconsciente desde su configuración como tal, lo cual permite traer a escenario, el asunto del deseo que es de lo que el psicoanálisis trata, ese deseo que es pulsional y que moviliza al sujeto, que está en él y que busca ser dicho, en síntoma, en palabra o en acto, que se procura un camino y que llega a rozar con el goce ese lugar incomprensible para otros discursos *psi*, para con ello articular en el caso específico de la mujer del lado de la feminidad, cómo se juega o se moviliza la pulsión en esos significantes por los que es nombrada, y la posibilidad que el psicoanálisis brinda para devenir otra cosa que repetición, para advenir desde su deseo y la implicación en su subjetivación.

SUMARY

Psychoanalysis is the theory of the subject that bets on the facts that makes the difference between the human being and the rest of the species of the world and makes it subject: the language is the attribute that allows him to have a desire and makes it unique. Under this paradigm of Psychoanalysis this thesis is written in order to say about women and her statements, from her position that places her unstably, to continue leading the way in which she can march from her restlessness, from herself. Posing the question of the subject and his desire and how it is woven into feminine; it hinges on the form of subjectivity of the woman that it was enunciated by Freud as the Dark Continent, and is little known by her nature, carries a tangible lack in a dark cavity, a failure that makes the subject herself, that makes her being not totally.

It begins with the approach of the being, giving a ticket to the subject of Psychoanalysis to the subject of the unconscious from the configuration, and it can bring to the scenario the matter of the desire that is what Psychoanalysis is about. The desire that instinctually mobilizes the subject that is inside, and seeks to be said, in symptoms, in word or in act, who gets a path and that touches the enjoyment of that incomprehensible place for some other speeches *psi*, to articulate in the specific case of the woman side of femininity, as it is played or mobilized in those significant by which it is named, and the possibility for Psychoanalysis to offer to become something else than repetition, to become from her desire and the implication in her subjectivity.

ÍNDICE

RESUMEN	I
SUMARY	II
ÍNDICE.....	III
Notas preliminares.....	IV
INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO 1.	5
ALGUNAS CONSIDERACIONES DEL ORIGEN DEL SER.....	5
1.1 Lo que inaugura al sujeto como investigador: la duda sobre su origen.....	5
1.2 Del ser: mito, origen y verdad	10
1.3 El sujeto del psicoanálisis, el sujeto del inconsciente	15
CAPÍTULO 2.	20
DEL DESEO, QUE EL PSICOANÁLISIS TRATA	20
2.1 Pulsión y goce.....	28
2.2 El deseo, y su ética	31
2.4 Clínica Psicoanalítica; (Diván) aduana para el deseo.....	36
CAPÍTULO 3.	42
(IN)FORTUNIO DE LO FEMENINO.....	42
3.1 Lo femenino en psicoanálisis	44
3.2 El goce femenino y sus distintos significantes: Mujer e Histeria, Mujer-Madre/Putas	49
3.2. 1 Mujer e Histeria.....	52
3.2.2 Mujer Madre/Putas.....	54
3.3 Lo femenino y formas de subjetivación	60
CONCLUSIONES.....	68
Referencias Bibliográficas.....	71

Eje de investigación.

De la pregunta por el ser, el deseo de(l) ser, al Ser Mujer: algunas consideraciones del sujeto del psicoanálisis del lado de lo femenino y su goce en las formas de subjetivación.

Notas preliminares

El psicoanálisis es complejo, complejo de castración, complejo de edipo, aquellos que nos encontramos atrapados en este saber tal vez vivimos en un complejo de psicoanálisis, abre in-esperadamente la entrada a una cloaca pantanosa, la puerta a lo complejo, al sujeto del inconsciente.

Hay algo que atrapa en este registro de lo incierto, que sujeta, bajo la influencia de todos aquellos que han sabido aprovechar su capacidad de pensar, pero más aún la de articular y dar un sentido a sus pensamientos, a aquello que no es más que su experiencia. Así, me inserto en algo que ya me ha incluido sin previo aviso, sustraída por el lenguaje, en este camino, marchando a tientas en la búsqueda del todo y nada, como sujeto sujetado, barrado, castrado, obteniendo ese sabor de boca que deja el sentir estar cerca del todo y seguir en la nada, anhelando nostálgicamente la completud y no alcanzarla.

Quien ha malinterpretado al psicoanálisis, lo habla como si fuera determinante, y hasta como misógino, así como critica aquella clasificación entre neurosis, perversión y psicosis, pretendiendo con eso conocer todo aquello que el psicoanálisis cobija bajo su estudio, sin embargo éste no es un asunto exclusivo de la psicopatologías, si lo es de todo lo que atañe al sujeto *del inconsciente*. Sin embargo, del otro lado encontramos a quien vive y muere en el intento de descubrirlo, es atravesado por esa incómoda y gratificante experiencia moral de la que nos habla George Henri Melenotte, quien refiere que “el camino se forja dentro del psicoanálisis por la búsqueda del todo y nada” (Melenotte. H. 2008), de una verdad peculiar, sin la pretensión de conquistar el continente del inconsciente, de promover su evolución, pues sabe de antemano que éste no evoluciona. Se trata más bien de una

experiencia moral que se descubre, que enuncia y coloca al sujeto como el artesano de sí mismo.

Así bien reconociendo lo que será tarea ardua en tanto a aportar dentro de éste marco, comienza un sendero sin saber siquiera, dónde terminará o si terminará. Surge la intención osada de hacer una articulación entre el significativo mujer, lo femenino, su deseo, goce, y a partir de ahí las formas de subjetivación, de la mujer actual. Para sostener dicha escritura se abordará cuál es su relación con la verdad, para poder discurrir en esa articulación dentro de éste campo que en suma le da la posibilidad que otros le niegan, en donde el hablarla, la amplía y deja siempre en puntos suspensivos, en la apertura que por naturaleza la acompaña.

No hay un momento en el cual no estemos en relación, estos lazos los entreteje el lenguaje antes de palpar al sujeto, existe en su aún no existencia una enunciación que paradójicamente le da existencia, un mundo de significantes preparado para recibirlo. El cuerpo biológico se encuentra habitado de ideologías, de velos, basta recordar la idea con que no se nace hombre o mujer sino por la identificación; es decir, el quehacer del hombre como de la mujer se aprende del significativo atrapado en el mundo lenguajero. Al recién nacido se le llama según su sexo y a partir de ahí la personita en pleno desarrollo se enmascara, camina su andar bajo el semblante de hombre o de mujer, en ocasiones desastrosamente. La anatomía aparece como una demanda que viene del Otro, aquél que atribuye o deniega el sexo.

Sin embargo, recordemos que la biología no actúa sola, parece que no basta con tales vestiduras anatómicas para explicar a uno y a otra, después de todo ¿qué sería el cuerpo orgánico sin el sujeto psíquico? Quizá un mamífero más, el sujeto psíquico se manifiesta mediante el sujeto corpóreo, el cuerpo y su metamorfosis, son la evidencia del sujeto psíquico. Ponty dirá que “es de esta forma que el cuerpo expresa la existencia total, no porque sea su acompañamiento exterior, sino porque ésta se realiza en él” (Ponty. M. [1945]1985) así un sujeto.

Hablar sobre la mujer no resulta algo novedoso y sin embargo, sigue en boca de todos, de hombres y mujeres. Freud comenzó su teoría en función de las histéricas que visitaban su consultorio; es por esto que dijo muchas cosas sobre ellas e intentó llegar a una conclusión, siendo ésta una enigmática pregunta declarada en la correspondencia a Marie Bonaparte que hace brincar entre una infinidad de respuestas: ¿Qué quiere la mujer? De igual forma cabe añadir ¿Qué busca, qué termina por encontrar, encuentra lo que estaba buscando en un principio? Quizá Freud respondería que nunca cesaría de buscar aquello que no tiene. Así, sin más, comienza una nueva teoría de la feminidad, pensada como aquella que carece.

[...] La falta y la pérdida son los fundamentos de nuestro apasionado interés en las cosas y de las múltiples relaciones del deseo con las apariencias del mundo. De esta forma la falta es la condición de la posibilidad de un exceso metonímico. Los objetos que perseguimos trazan el diseño de las historias de nuestros deseos individuales, reencuentran lo que preexiste a todas las elecciones de objeto, para reparar no la anecdótica y anatómica castración de las ansiedades edípicas, sino la castración ontológica por la cual entramos a la comunidad humana de la significación[...] (Bersani, L. 2000).

Es así que sin descifrarse, la mujer se anuda en relación con Otro. El otro que siempre se queja “¿Pero qué quieres mujer? ¿Quién te entiende mujer?, respuestas que ella misma desconoce. No habrá que olvidar que son dos lógicas distintas, son dolores diferentes, a él le duele no tener y a ella no ser, no ser unidad, ella no-toda es.

Se mantiene en una búsqueda constante destinada (casi) siempre al fracaso, a partir de la falta es que se subjetiviza. Y en esa búsqueda de completud, recurre al amor, siempre involucrado, lo vuelve su recurso, Marite Colovini dirá “el esfuerzo femenino vuelve una y otra vez a reinstalar el amor como suplencia de una falla que encuentra sutura” (Colovini, M. 2008, p. 16) ap(b)ertura que desde su anatomía se le re-vela, a la que desilusionada se enfrenta y planteará un camino para ella.

Entonces a-parece, ahí uno de los dos sexos genéricos de “*el hombre*”¹ como limosnero de completud, mendiga ilusoriamente al otro, como goce insaciable, su demanda es demasiada, siempre se pide más hasta consumir al otro; como el analista que se consume en su sillón absorbido por el analizante. La respuesta al amor, es el *amour encore*², trae consigo su propia respuesta, el amor pide amor y no deja de pedirlo, pidiéndolo destilado poco a poco para que la ficción del sujeto toque un poco de real; la imposibilidad. Al pronunciar *aún*, se alude al nombre propio de una falla, donde en el Otro parte la demanda del pedido del amor:

[...] el goce del Otro es una respuesta necesaria y al mismo tiempo insuficiente. El amor no encuentra ahí lo que busca, el amor nunca deja de pedir aún más... de otro modo el goce y el otro no podrían armonizarse [...] (Allouch, J. 2008).

Es así que, *el amor en los tiempos de la no relación sexual* es un espejismo, un engaño pues con la identificación narcisista que brota ante el espejo ya es otra que no es idéntica. En términos aristofánicos, amar es encontrar la unidad perdida y, añadiendo la perspectiva lacaniana, uno tropieza con ese formar Uno, esta es la cuestión del amor. Es entonces que el amor es hacer Uno, aquello que no tiene en ninguna parte existencia solitaria, pues pensémoslo como lo es: un número, que en cada idioma existe, no se inventa continuamente y que tiene como límite el ser infinito.

La impotencia del amor consiste en la ignorancia del deseo de ser uno; sin embargo, para Lacan la identificación narcisista no era precisamente ser uno, sino la producción de un engaño. Como se dijo anteriormente, amar es encontrar la unidad perdida, sin fusión. Mas bien, tratándose de un conteo, donde uno más uno es igual a uno, aún, a un... no, donde la negación aparece como límite infinito.

¹ Idea plantada por Carlos Roberto Quiroga, quién hace el prólogo del libro “lo femenino en la clínica” de Marité Colovini, afirmando en éste que “hay sólo dos sexos para un solo genérico: El Hombre”.

² Aún

Es el amor el nombre que le da a esa eterna búsqueda, como una aproximación a su verdad, busca desesperadamente ser amada, hacer uno de dos, por la vía del uno. Su falta, esa falta, que la apuntala a un genérico del hombre³, esa relación con el falo inexistente que da existencia, que la coloca como mujer, y entonces ahí, la insistencia, la búsqueda constante. Sin bordes pero abordable, sin unidad pero con deseo, no toda pero sujeto. Busca, la completud, el falo, el amor, y en un momento el análisis, encuentra ahí un saber no sabido, no su verdad pero se articula con ella, un amor transferencia que le posibilita otro andar, un nuevo modo de subjetivación.

Cabe decir que se coloca al psicoanálisis como una forma de saber particular en donde saber como suyo el objeto, es perderlo; en palabras de George-Henri Melenotte: "...En el espíritu freudiano, hay una faltante: el acceso a la verdad plena y entera. Freud se enfrenta a los límites del conocimiento de su objeto, en cuanto al acceso de una verdad pura..." (Melenotte, G. 2007).

Freud vino a decirnos que ahí donde el sujeto era escisión del saber y la verdad, es ahí mismo que el sujeto debe dirigirse, ahí donde la pulsión no otorgaba el saber del objeto, que lo que está en juego es la experiencia de ese descentramiento del sujeto con respecto a lo que cree saber, es decir, una cierta experiencia del inconsciente.

La historia, precisamente, está hecha para darnos la idea de que algún sentido tiene. Por el contrario, la primera cosa que debemos hacer es partir de lo siguiente: estamos frente a un decir, que es el decir de otro, quien nos cuenta sus necesidades, sus apuros, sus impedimentos, sus emociones y que es ahí donde ha de leerse ¿qué?- nada que no sea efecto de esos descires. Vemos muy bien como esos efectos agitan, remueven, y preocupan a los seres que hablan (Lacan, J. 1973. 20: 59).

Es así, que resultado de ese entramado de conceptos dinámicos como los son, el saber, la verdad, el deseo, el goce, la falta, el falo, agitan al sujeto del inconsciente, y lo femenino deviene mujer, se subjetiviza, a partir de esa articulación movida por el empuje pulsional.

³ Entendiendo *hombre* como alusión a la especie humana.

INTRODUCCIÓN

La presente tesis surge de la inquietud por abordar a la mujer desde el psicoanálisis, no sólo desde lo que se ha dicho de ella como desde esa vestidura, desde ese significante que de entrada se presenta ceñido, sino desde su condición de sujeto, de sujeto del inconsciente subjetivada en lo femenino. Ella que ha sido y es hablada por el Otro, y colocada a lo largo de la historia en los sitios al parecer menos afortunados, elegidos bajo sus condiciones anatómicas, en donde la reducen a un cuerpo que aunque pueda llegar a identificarla no la define, se sitúa ahí la mirada normativizante, la del género del cual ella en rigor como sujeto es ajena. Se articula una crítica a los discursos de género que tratan de poner un velo a la diferencia no sólo entre mujer y hombre, sino entre un sujeto y otro aunque compartan anatomía, que buscan a toda costa borrar del sujeto esa imagen que entre los tres y cuatro años, con el advenimiento del complejo de Edipo y el complejo de castración se hace inevitablemente presente y con el cual llegan a una posición estructurante, respecto al falo que organiza. Un sujeto que deviene de la falta, de la apertura real que existe ahí donde no hay nada, donde falta.

Una propuesta de cómo bordearla y escribirla como sujeto de lo femenino, plantear el carácter de (in)fortunio que la singulariza, no justamente como aquel ser débil, atrofiado desde su anatomía, sufriente y desafortunado, sino como un sujeto con posibilidad de desplazarse en un mundo de significantes a partir de su deseo, un deseo que la inquieta y la coloca como artesana de sí misma, precisamente por esa castración, la cual ella elabora de manera distinta, distinta si al hombre pero también distinta a otros lugares que la mujer puede llegar a ocupar desde la explicación freudiana de la mujer, lo que promoverá el no encasillarla a la ecuación de anatomía es destino.

Problematizar y resaltar, qué ofrece o qué se encuentra en psicoanálisis que es el campo que la escucha, que le da apertura a su discurso desde su postura histórica, con lo cual permite traerla al plano como aquello que hace pregunta que genera enigma y que bien vale la pena escuchar, que tiene cosas que decir desde ese significante que es para ella misma. Cuál es la postura psicoanalítica respecto al sujeto y al deseo de éste, a lo femenino en relación con la mujer y qué posibilidades tiene de advenir otra cosa distinta a la repetición que lo(a) hace sufrir, una y otra vez, incluso generación tras generación.

La tesis de nombre *(in)fortunio de lo femenino: deseo, goce y formas de subjetivación*, se desarrolla en tres capítulos bajo una lógica en la cual pretende introducir el asunto del ser y del sujeto del inconsciente, después sobre el psicoanálisis y su trabajo con ése sujeto del inconsciente, ése cuerpo pulsional que lo moviliza a partir de un deseo, y la posibilidad de atender y colocar una ética, la del deseo; por último, se trabaja respecto a la feminidad articulando los precedentes a su condición de sujeto y la existencia de su deseo, para plantear un panorama en el que no se le coloque como la figura trágica de la historia, sino como ese ser que puede devenir posibilidad de otra cosa desde su castración, la propuesta y explicación del término *(in)fortunio de lo femenino*.

El primer capítulo de nombre *algunas consideraciones del origen del ser* en el cual se trabaja respecto sobre aquello que funda al sujeto, específicamente al sujeto del inconsciente, sobre su condición innata de investigador que gira alrededor de una pregunta, que es sobre su origen, con esto se encuentran los primeros pasos respecto a aquella articulación que se elabora sobre la vivencia y el pasaje del complejo de Edipo y de castración en el ser para devenir sujeto. El sujeto recurre al mito, siempre al mito ante la imposibilidad de nombrar, algo que escapa al apalabramiento y que de pronto aparece como ajeno y que permite entrelazar aquella verdad inaprehensible que emerge con el lenguaje y se desvanece con él mismo. Con el lenguaje es justo que aparece el sujeto del inconsciente, ya lo dijo Lacan en su formulación, el inconsciente es lenguaje, que le permite al sujeto advenir otra cosa. La explicación del sujeto del

inconsciente, que no es el mismo que el de las ciencias positivistas y de otros espacios.

El segundo capítulo con el título *Del deseo, que se trata en psicoanálisis* se trabaja justamente al sujeto del inconsciente con el que el psicoanálisis trabaja, el sujeto que habita un cuerpo anatómico pero que se mueve por un cuerpo pulsional, que se juega en el camino a la completud una ligazón entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte, que coquetea con el goce, siempre coquetea con el goce. El sujeto del inconsciente encontrará en el psicoanálisis el cual a su vez lo encontró a él, una ética a cual responder, que encuentra formas de disminuir la angustia, que le procura provisionalidad que responde a su situación real, ominosa, la de la falta, la terrible falta que lo hace marchar, encontrando la posibilidad de colocar al tánatos al servicio del eros. Es la clínica psicoanalítica en donde se escuchan esos tres decires, real, simbólico, imaginario desde los que se habla como sujeto, y que lo subjetivizan, es desde el trabajo de caso por caso que puede emerger, devenir constante aunque inconstante, la clínica del deseo, del sujeto del inconsciente, de esa realidad psíquica en la que se realiza y que en otros espacios terapéuticos callan, en los cuales se ciñe el éxito terapéutico en la homogeneización de la norma, la de eliminar el dolor y la angustia para que el sujeto llegue a ese estado de “felicidad” en dónde nada le falte, respetable ambición de dichas prácticas, que siempre cojearan, que su carácter de prótesis al yo caerá una y otra vez.

En el tercer capítulo, de nombre *(in)fortunio de lo femenino* se explica la feminidad desde el psicoanálisis, así como los significantes a través de los cuales ha sido subjetivada a partir del deseo del Otro, del fantasma de ese Otro que la nombra. El abordaje del goce desde esas distintas posturas subjetivas y el cuestionamiento sobre desde dónde se le colocan tales significantes a esas mujeres. El planteamiento y discusión sobre ese lugar de mujer sufriente que la recibe y enviste desde su existencia simbólica, aún sin contar con un cuerpo biológico, ese discurso que dice “las mujeres sufren más que los hombres”, y que la atrofia desde antes de que ella pueda subjetivarse. Así también su posición respecto a lo amoroso, aquel modo de relación en el cual ella parece entregar todo su ser de modo (des)interesado, esa posición de mujer

enamorada que la enloquece, y es que como no enloquecer ante la posibilidad especular de la completud que ofrece el significante amor, dar al otro lo que no se tiene, el falo.

Así bien, con la articulación de dicho contenido, se plantean conclusiones que aunque intermitentes por el carácter mismo de la mujer y la feminidad, buscan abrir una puerta en la cual la mujer pueda ser artesana de sí misma, que le permite romper con la repetición de dicha “desventaja” por su condición de mujer y que la aleja de una guerra absurda con el otro cuerpo el “fuerte”, permitiendo otra posibilidad de entrar en relación, desde la diferencia de su deseo y el del Otro, aunque en su deseo incluya al Otro.

CAPÍTULO 1.

ALGUNAS CONSIDERACIONES DEL ORIGEN DEL SER

De todas las especies vivas que habitan el planeta tierra, es el ser humano (el hombre) el reconocido por él mismo, como la especie de mayor evolución. El ser humano, logra colocarse como sujeto cognoscente y situar a los fenómenos del mundo como los objetos cognoscibles, lo que engañosamente al parecer lo coloca como un ser superior. Así bien aún con todas las características de ventaja que se (le) atribuye(n), dicha superioridad se pone en tela de juicio y en crisis cuando ocurren actos que parece van en contra de lo postulado como ideal, es decir, el de proveer(se) un mundo y un estilo de vida que conserve la especie en las mejores condiciones. De pronto el hombre de ciencia, busca incluso de un modo desesperado reafirmar que no hay límite imposible de franquear, que todo le resulta accesible y manipulable, sin embargo, cada que está sosteniendo una supuesta certeza sobre las cosas, se le desvanece dejándolo angustiado y sin respuesta. Hay siempre algo que se le escapa a toda explicación, que por más que intente no controla, que al decir le parece ajeno, algo que le falta, que le falta siempre.

1.1 Lo que inaugura al sujeto como investigador: la duda sobre su origen.

Si bien es cierto, podemos encontrar en la historia de la humanidad al hombre colocado como un sujeto que aspira a conocer, como un investigador innato. Tenemos dos prehistorias del hombre, como objeto de estudio que nos permiten explicar o dar cuenta de dicho argumento, y que plantea Freud en *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1908), por una lado la historicidad del individuo como persona en el mundo, ubicado en épocas, es decir, clasificado en siglos y periodos de existencia, el hombre de la filosofía y por el otro, la prehistoria de todo sujeto, su propia prehistoria, la infancia, el sujeto del inconsciente. Demos cuenta que dicha posición es disparada en un momento

trascendental y que se puede encontrar con la revisión minuciosa de la segunda prehistoria explicada, que se da justo en la infancia.

Se pensará que dicha activación investigativa es accionada por la diferenciación sexual, es decir, cuando el pequeño se da cuenta que no hay un(o) solo sexo, sino dos, dos categorías en las que se clasifica el mundo.

Si pudiéramos considerar con ojos nuevos las cosas de esta Tierra, renunciando a nuestra corporeidad, como unos seres dotados sólo de pensamientos que provinieran de otros planetas, acaso nada llamaría más nuestra atención que la existencia de dos sexos entre los hombres, que, tan semejantes como son los demás, marcan sin embargo, la diferencia con los más notorios indicios. Ahora bien, no parece que también los niños escojan este hecho básico como punto de partida para sus investigaciones sobre los problemas sexuales. [...] El esfuerzo de saber de los niños en modo alguno despierta aquí de una manera espontánea, por ejemplo a consecuencia de una necesidad innata de averiguar las causas, sino bajo el aguijón de las pulsiones egoístas que los gobiernan [...] (Freud, S. 2007. IX: 189).

Sin embargo, dicho problema no será foco de atención para el pequeño sino hasta después, de haber solucionado, por lo menos provisionalmente su primera pregunta, que más adelante abordaremos.

Freud dedica un apartado a la infancia, específicamente a la investigación sexual infantil en *tres ensayos de teoría sexual* (1905) aclarando el carácter de éste escrito con lo siguiente:

Los tres ensayos de teoría sexual no pueden contener más que lo que el psicoanálisis necesita suponer o permite comprobar. Por eso queda excluido que alguna vez puedan ampliarse hasta constituir una teoría sexual, y es comprensible que ni siquiera tomen posición sobre muchos problemas importantes de la vida sexual (Freud, S. 2007. IX: 189).

Con lo que podemos advertir, en el sentido de dar cuenta, que no es un tema acabado, ni redondeado en el sentido de que no allá más que decir, o notas posteriores a agregar, pero que si embargo, se recuperan elementos básicos, fundamentales y necesarios en lo que respecta a la sexualidad del sujeto, y que funcionan como pilares y parte aguas del psicoanálisis.

Una pulsión hiperpotente al servicio de los intereses sexuales, alrededor de los tres años de edad presenta un apetito insaciable e infatigable por preguntar

“enigmático para el adulto mientras no comprenda que todas esas preguntas no son más que circuloquios, y que no pueden tener término por que mediante ellas el niño quiere sustituir una pregunta única qué, empero, no formula” (Freud, S. 2007. XI: 73). Se encuentra en este momento un periodo de investigación sexual infantil.

Así bien, podemos ubicar que hay en los niños una característica propia de la infancia y que los distingue por excelencia, la de investigar. En el segundo ensayo referido a la investigación sexual infantil, se encuentra el planteamiento de la primera investigación a resolver que el infante lleva a cabo, agotando todos sus recursos para llegar a la verdad de dicho cuestionamiento, la pregunta de investigación será ¿de dónde vienen los niños?

Freud dirá al respecto, “El primer problema que lo ocupa es, en consonancia con esta génesis del despertar de la pulsión de saber, no la cuestión de la diferencia entre los sexos, sino el enigma: ¿De dónde vienen los niños?” (2008, VII: 177), despierta ante la situación de la llegada de un hermanito, de otro niño cercano a la escena familiar o en su entorno, situación acuciante y angustiante para el pequeño, dado que provoca la descentralización de la atención de los padres en él, hay otro que se lo arrebatara, “en que el niño ve una amenaza para sus intereses egoístas. La investigación se dirige a averiguar de dónde vienen los niños, como si el niño buscara los medios y caminos para prevenir ese indeseado acontecimiento” (Freud, S. 2007, XI: 73), nada sencillo, así sin más inicia la labor de investigación.

Las fuentes del saber más cercanas a él, son los padres, o sus cuidadores directos, los que ante tal pregunta responden apelando al mito de la cigüeña, quedando el pequeño investigador inconforme y además, con sensación de haber sido engañado, disfrazará o mantendrá en secreto sus futuras investigaciones a la mirada de estos, instaurándose el primer conflicto psíquico:

Pero así, han vivenciado también la primera ocasión de un conflicto psíquico, pues unas opiniones por las que sienten predilección pulsional pero no son correctas para los grandes, entran en oposición por otras sustentadas por la autoridad de los grandes pero que a ellos mismos no les resultan gratas (Freud, S. 2007. IX: 190).

Hay en los niños, una necesidad de dar respuesta a aquello que tanto les inquieta, veamos, desde dónde se dinamiza, o qué es lo que sostiene dicha investigación.

LA PULSIÓN DE SABER. A la par que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento, entre los tres y los cinco años, se inicia en él también aquella actividad que se adscribe a la pulsión de saber o de investigar. La pulsión de saber no puede computarse entre los componentes pulsionales elementales ni subordinarse de manera exclusiva a la sexualidad. Su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento, y, por la otra, trabaja con la energía de ver. Empero, sus vínculos con la vida sexual tienen particular importancia, pues por los psicoanálisis hemos averiguado que la pulsión de saber de los niños recae, en forma insospechadamente precoz y con inesperada intensidad, sobre los problemas sexuales, y aun quizás es despertada por estos (Freud, S. 2007. VII: 166-167).

Anterior a la pregunta de dónde vienen los niños, hay actos en ellos que posibilitan localizar indicios de sus futuras acciones como investigadores, movidas por la pulsión del saber, al ver su cuerpo, al ver a la madre, al comenzar a desplazarse cuando la marcha comienza a ser dominada, y conocer los espacios en los que se encuentra, una pulsión de saber que lo apuntala a este tipo de acciones pero que no plantean una pregunta a resolver, es decir, no le hace duda, será tal vez, por el hecho de que puede conocer lo que le rodea que lo hace, dada la pulsión de ver, pero después ocurre algo, “Supongamos, no obstante, que el pensar del niño se emancipe pronto de su incitación y prosiga su trabajo como una pulsión autónoma de investigar”(Freud, S. 2007, IX: 190) Freud lo explica en su texto *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci de 1910*, en donde Da Vinci se ve pulsionado a explorar los objetos de la pintura, naturaleza, cuerpo humano, la naturaleza, con lo que hace arte, “el núcleo y el secreto de su ser sería que, tras un quehacer infantil del apetito de saber al servicio de los intereses sexuales, consiguió sublimar la mayor parte de su libido como esfuerzo de investigar” (Freud, S. 2007, XI: 75). Sublimación que sostendrá en adelante la pulsión de saber, y permitirá al sujeto hablar de aprendizaje.

Es por esto que con lo anterior se sostiene que no puede atribuirse del todo a la sexualidad el asunto del querer saber, pero que el vínculo entre una y otra es innegable, como parte aguas de la investigación formal, “...el niño pasa a

ocuparse del primer, grandioso problema de la vida y se pregunta *de dónde vienen los niños*" (Freud, S. 2007. IX: 190). Lo que le hace pregunta es aquello que lo implica y que le implica una angustia, la de ser desplazado por otro, entonces habrá que saber de dónde viene ese otro tan molesto. Cuando su lugar como hijo único se ve amenazado y viene la presencia de un hermanito estorboso, ésta será la pregunta inaugural movida por la presencia de un nuevo ser que descentraliza la atención prestada antes a él, la pregunta por el origen, así bien, comienza un camino de la investigación, una pregunta sobre el origen, pero no sólo el origen del hermanito, sino del suyo propio.

Tres son las teorías que Freud encuentra en los niños, a través de tres fuentes, la observación directa del pulsionar de los niños, el análisis de las comunicaciones de sus neuróticos adultos sobre sus infancias y de los frutos resultados del psicoanálisis con neuróticos, es decir, de traducción del inconsciente a la conciencia. Pero no dejará de prevenir sobre lo inacabado del tema "No puedo garantizar que mis conclusiones sean completas; sólo puedo dar cuenta del cuidado que he puesto para obtenerlas" (Freud, S. 2007, IX: 187). Así llega a descubrir, las primeras teorías de los niños, sus primeras teorías como buenos investigadores, son su intento por explicar aquello que no entienden.

La primera referida al descuido de la diferencia de sexos, se encuentra la de "atribuir a todos los seres humanos, aún a las mujeres un pene" (*Íbid.* 192)), la segunda responde a de dónde es que salen los niños *"es preciso que el hijo sea evacuado como un excremento, una deposición"* (*Íbid.*195)), al alcanzar una asociación del embarazo con el cambio del cuerpo de la madre, y la tercera referida a la *"concepción sádica del coito"* (*Íbid.* 196), al ser espectador accidental del encuentro sexual entre los padres y al escuchar exclamaciones de la madre que sin duda el atribuye a el sufrimiento de un dolor provocado por el padre.

Y aunque todas ellas falsas fantasías, "Lo que hay en esas teorías de correcto y acertado se explica por su proveniencia de los componentes de la pulsión sexual, ya en movimiento dentro del organismo infantil" (*Íbid.* 192). Contienen un fragmento de verdad, dado que remiten al origen, no es sólo de donde

vienen los niños, sino la pregunta que se encuentra tras el velo “¿de dónde vengo?”, busca la verdad, su verdad, su realidad, la psíquica.

1.2 Del ser: mito, origen y verdad

Una vez planteado el argumento Freudiano de las dos prehistorias del hombre, como individuo, ése del que se encarga en gran medida la filosofía y la otra prehistoria, la del sujeto en su infancia, la del sujeto del inconsciente, abrimos la puerta al abordaje del origen del ser, su relación con el mito, y con la verdad, en la medida que permita identificar y resaltar o ambas el origen del ser del psicoanálisis.

Freud (1912-13) en su texto *Tótem y Tabú* muestra un hilo conductor con respecto a este asunto del origen del ser y del ser neurótico, realizando un detallado estudio de los pueblos llamados salvajes y semisalvajes, cuya vida anímica resulta de interés, discerniéndola como un estadio previo bien conservado de nuestro propio desarrollo, elucidando el inicio de la vida psíquica y la vida fáctica del sujeto, como procesos identificablemente igualitarios.

Un detallado estudio acerca del sistema totemista, que rige las tribus Australianas⁴, siendo el tótem en primer lugar el pasado de la estirpe, la pertenencia a éste es la base de todas las obligaciones sociales australianas. Resaltando en casi todos los lugares donde rige el tótem una prohibición originaria “también la norma de que miembros del mismo tótem no entren en vínculos sexuales recíprocos, vale decir, no tengan permitido casarse entre sí” (Freud, S. 2008. XIII: 13). Dicha prohibición no se enmarca en relaciones de parentesco consanguíneas, sino en los lazos de parentesco establecidos por el discurso, es decir, por el clan al que se pertenecía, marcado como vínculo social que los hacían miembros de un clan. Freud, “la prohibición del comercio sexual entre miembros del mismo clan, se nos aparece como el recurso más

⁴ Freud elige a las tribus Australianas dado que estas fueron descritas por etnógrafos como los salvajes más retrasados y menesterosos.

adecuado para prevenir el incesto grupal, que luego resultó fijado y sobrevivió largo tiempo a su motivación” (2007, XII: 26).

Pero, problematicemos un poco, preguntémonos por qué se establece tal norma como prohibición, de dónde se parte para imponer la prohibición de o a algo, es que sólo por ocurrencia, o tiene sus raíces en otro fundamento, y cuál sería éste. Qué es una prohibición, la real academia española define la palabra prohibir como, “vedar o impedir el uso o ejecución de algo” (RAE, 2012). Impedir la ejecución de algo, coloquemos la mirada en ése “algo”, esto permite plantear que la prohibición va a un acto precedente, que provoca repudio, algo ominoso que no concilia, inconcebible, tan inconciliable que tiene que prohibirse, algo que se encuentra siempre latente a repetirse en cualquier momento, razón por la cual se establece como prohibido, es justo por su propensión a ocurrir que tiene que prohibirse, antes de que alguien más se vea tentado repetirlo, a llevarlo a cabo. Freud dirá al respecto que “No es preciso prohibir lo que nadie anhela hacer, y es evidente que aquello que se prohíbe de la manera más expresa tiene que ser objeto de un anhelo” (Freud, S. 2007, XIII: 74).

Pero, prohibición de qué “Las prohibiciones tabú más antiguas e importantes son las dos leyes fundamentales del totemismo: no matar al animal totémico y evitar el comercio sexual con los miembros de sexo contrario del clan totémico.” (Freud, S. 2007, XIII: 39). Parricidio e incesto, las dos prohibiciones tabú más antiguas, en el origen de todo sistema u orden social. Prohibiciones en el orden simbólico presentes en el neurótico, una vertiente en la que la ley se hace presente, y que se encuentran como placeres que persisten aunque reprimidos, marcando la intensidad de la prohibición. Se le ha dado mayor hincapié al incesto, la prohibición relacionada directamente con lo sexual, más que al parricidio que entra en relación de manera sofocante con la muerte. La prohibición al incesto, se encuentra:

Como rasgo infantil por excelencia y de una concordancia llamativa con la vida anímica del neurótico. El psicoanálisis nos ha enseñado que la primera elección de objeto sexual en el varoncito es incestuosa, recae sobre los objetos prohibidos, madre y hermana. (Freud, S. 2007. IX: 26).

Se proclama a partir de dicha formulación el complejo nuclear de la neurosis, el vínculo con los padres, gobernado por las apetencias incestuosas, al complejo de Edipo, complejo fundante de la neurosis. "Nos vemos constreñidos a creer que aquella desautorización es sobre todo un producto de la profunda aversión del ser humano a sus propios deseos incestuosos de antaño, caídos luego bajo la represión" (Freud, S. 2007, XIII: 26). Dónde se origina la instauración que sostiene al complejo de Edipo:

La banda de hermanos amotinados estaba gobernada, respecto del padre, por los mismos contradictorios sentimientos que podemos pesquisar como contenido de la ambivalencia del complejo paterno en cada uno de nuestros niños y de nuestros neuróticos. Odiaban a ese padre que tan gran obstáculo significaba para su necesidad de poder y sus exigencias sexuales, pero también lo amaban y admiraban. (Freud, S. 2007. IX: 145).

Los hermanos coligados para ejecutar el parricidio movido por el deseo de devenir el igual del padre. Pero la cosa no para ahí, no se resuelve, se encuentra después de ése acto la imposibilidad de nombrar o colocar a uno u a otro en el lugar del padre, dado que éste nuevo, impondría al otro limitaciones, las mismas que con el padre ahora muerto. Su hazaña no representa ganancia alguna para ellos ni para el sistema en cuestión, no hay un acceso la sustitución del lugar del padre, ni acceso al comercio con las mujeres prohibidas (madre y hermana) siendo creadora de conciencia de culpa aún presente nosotros, imponiéndose como impedimento eterno, dada la peligrosidad que presenta a la organización social, totémico.

El muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida: todo esto tal como seguimos viéndolo hoy en los destinos humanos. Lo que antes él había impedido con su existencia, ellos mismo se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la *obediencia de efecto retardado (nachträglich)* que tan familiar nos resulta por el psicoanálisis. Revocaron su hazaña declarando no permitida la muerte del sustituto paterno, el tótem, y renunciaron a sus frutos denegándose las mujeres liberadas. Así, desde la conciencia de *culpa del hijo del varón*, ellos crearon los dos tabúes fundamentales del totemismo, que por sí mismo necesariamente coincidieron con los dos deseos reprimidos del complejo de Edipo. (Freud, S. 2008, XIII: 145).

Tenemos el remplazo del animal totémico, por el padre, en el cual al remitirnos a nuestro origen se presenta como parte aguas de nuestra existencia, es

causa y origen del ser, todos venimos del padre, en una equivalencia a éste como el antepasado primordial, instaurado en lo simbólico como la ley. “El psicoanálisis nos ha revelado que el animal totémico es realmente el sustituto del padre” (Freud, S. 2008, XIII: 143). Prohibido queda dar muerte al padre, y mantener comercio sexual con miembros del mismo clan⁵.

Es la horda del padre remplazada por la de los hermanos, la sociedad descansa ahora en la culpa compartida. Y aunque en la actualidad el sistema totemista no encuentra vigencia en todas las culturas, hay sistemas que vinieron a remplazarlo pero no a modificarlo en su origen. Freud hacía una comparación con la religión católica identificando a Dios como al figura del padre que organiza a la comunidad, estructura repetible en casi todos los sistemas (si no es que en todos).

Pero, cómo es que esta prohibición se respeta, en donde radica el poder para su cumplimiento. Freud habla sobre el Tabú, muy al caso para explicar dicha situación, “El significado del tabú se nos explica siguiendo dos direcciones contrapuestas. Por una parte, nos dice <<sagrado>>, <<santificado>>, y, por otra, <<ominoso>>, <<peligroso>>, <<prohibición>>, <<impuro>>”, equiparado la frase “horror al incesto”, sosteniendo un carácter claramente ambivalente. La particularidad del tabú se encuentra en que no pertenecen a una prohibición de orden moral o religioso, aun siendo estas de una autoridad no negociable, el tabú carece de toda fundamentación, prohíben desde ellas mismas, se imponen sin la posibilidad de considerar un carácter negociable, hay un sometimiento indiscutible, incuestionable por y desde su propia naturaleza, instaurando un miedo real, teniendo como certeza, de ser transgredido, la obtención de un castigo severo.

⁵ Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente eles habría sido imposible. (Quizá un progreso cultural, el manejo de un arma nueva, les había dado sentimiento de su superioridad). Que devoraran al muerto era cosa natural para unos salvajes caníbales. El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión. (Freud, (2008 [1912-13], pp. 143-144)

[...] Llegamos a saber que los deseos sexuales del niño [...] despertaron muy temprano y que la primera inclinación de la niña atendió al padre y los primeros apetitos infantiles del varón apuntaron a la madre. Así, para el varón el padre y para la niña la madre devinieron competidores estorbosos [...]. (Freud, S. 2008 IV: 266).

Lo dicho anteriormente es discurrido con respecto al sueño de la muerte de los padres, donde es común encontrar en el sueño del varón la muerte del padre y en el sueño de la niña a su madre fallecida, dar muerte simbólica, argumento que utiliza para confirmar la existencia del complejo de Edipo, pues, aunque con padres proveedores de amor, soñando al padre del mismo sexo como ausente, no tendría rival para pertenecer amorosamente al padre del sexo opuesto. Cuando describe el mito de *Edipo Rey*, tragedia de Sófocles, Freud nos dice que:

[...] su destino [el de Edipo] nos conmueve únicamente porque podría haber sido el nuestro, porque antes de que naciéramos el oráculo fulminó sobre nosotros esa misma maldición. Quizá a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre; nuestros sueños nos convencen de ello. El rey Edipo, que dio muerte a padre Layo y desposó a su madre Yocasta, no es sino el cumplimiento de deseo de nuestra infancia [...]. (Freud, S. 2007, IV: 271).

Encontramos el complejo de Edipo y a su prohibición, como el mito, el pilar de sobre el cual se sostienen ambas prehistorias. El origen de la realidad psíquica del sujeto coincide con la realidad fáctica de nuestros primitivos. Hablar del origen, recurriendo al mito, es decir, explicar qué es a partir del cómo se vive el complejo de Edipo.

“Si los procesos psíquicos no se continuaran de una generación a la siguiente, si cada quien debiera adquirir de nuevo toda su postura frente a la vida, no existiría en este ámbito ningún progreso ni desarrollo alguno. En este punto surgen dos nuevas cuestiones: conocer el grado de continuidad psíquica que se puede suponer en la serie de las generaciones, y los medios y caminos de que se vale una generación para transferir a la que sigue sus estados psíquicos” (Freud, S. 2007, IV: 159).

Es decir, hay otro camino u otra vía más directa que la de la herencia de orden consanguíneo por la cual se puede recorrer el tejido histórico del sujeto, conocer el grado de continuidad psíquica en las generaciones, ese otro camino es el lenguaje, si no es que la primer institución del sujeto, institución que le

sostiene, tanto al sujeto de la filosofía y como al sujeto del psicoanálisis. Es por esto que todo lo anterior permite elucidar que dicha prohibición deja secuelas claras, en el lenguaje, colocando así una faltante, un surco en el discurso, que no precisa algo desesperanzador para el sujeto.

1.3 El sujeto del psicoanálisis, el sujeto del inconsciente

Trayendo a escena el lenguaje, permite hablar de otras cosas respecto al ser. Diferenciamos el ser de la filosofía que es el ser de un asunto ontológico, y al del psicoanálisis, en su relación justamente con el lenguaje. En la filosofía puede ser aprehendido como concepto, ese ser que se habla desde la prehistoria de la humanidad en relación con su articulación con los objetos del mundo.

El ser en psicoanálisis es otra cosa, es el sujeto del inconsciente, un significante que no remite a nada, pero que es significativo para otro significante, encontramos aquí al ser como una noción en constante devenir no como un concepto redondeado, acabado. Capturado y hablado por el lenguaje, un lenguaje comandado por la realidad psíquica del sujeto, por sus tres decires real, simbólico, imaginario.

Ahondemos en dicho argumento. El ser en psicoanálisis es una verdad en devenir, por lo que se puede decir entonces que el ser como tal no existe, no existe corpóreo que pueda tomarse, no existe en tanto está por devenir, como en un camino constante, una búsqueda que sostiene su prometida aparición. Freud lo dirá de tal modo “Wo es war Ich sollen werden”⁶, no pudiendo evitar la atemporalidad problemática que en esto se presenta para el yo, que en tanto advendrá, aún no está, ubicando que la verdad no está en el yo, sino en el ello, ahí donde yo advendrá. A través de qué adviene, o cuál es el medio que le posibilita el advenimiento.

Veamos qué pilares son la estructura en el asunto del ser desde el psicoanálisis (Lacaniano más específicamente, pero psicoanálisis). En el

⁶ Donde ello era yo debo advenir

escrito de *La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud* de Lacan (1957) encontramos los elementos que sostendrán el edificio que permita hablar sobre el ser del psicoanálisis y su origen.

Y también el sujeto, si puede parecer siervo del lenguaje, lo es más aún de un discurso en movimiento universal del cual su lugar está ya inscrito en el momento de su nacimiento, aunque sólo fuera bajo la forma de su nombre propio. (Lacan, J. 2009, Escritos 1:263)

El sujeto es insertado en el lenguaje aún antes de su existencia objetiva, es ahí nombrado sin cuerpo real por un significante que lo acompañara aún después de su muerte. La existencia por tanto no se reduce a un cuerpo. Cómo entender esto, retomemos obligadamente la visión de la lingüística que en estricto orden se encarga del estudio del lenguaje y sus estructuras. Ferdinand de Saussure elabora una de las principales aportaciones a éste campo de la lingüística que es el algoritmo del signo lingüístico representado S, lo cual se explica de la siguiente manera, la S mayúscula de arriba representa al significante, aquello que es nombrado, una imagen acústica que reproduce una representación mental llena de significado, representando así la “s” el significado, así, significante y significado son redondeados en unidad, simétricamente importantes y correspondientes. Y con esto en la lingüística todo parece marchar de maravilla, al contar con la unidad mínima de la oración, el signo.

¿Es desde esta lógica que Lacan se mueve para la explicación del ser, del sujeto del inconsciente, a través de tomar el lenguaje como signo, con significante y significado? Influenciado por el estructuralismo y la lingüística, adoptando la lógica de Hegeliana respecto a que el discurso tiene causa en el otro, hay lugar del otro, es en el otro donde se estructura mi deseo y en este sentido el otro se vuelve mi amo⁷ sustenta su formulación respecto a que el inconsciente está estructurado como lenguaje, con lo que trae a escena, los registros Real, simbólico, Imaginario, un asunto trascendental, con lo cual viene a dejar del lado de algún modo las estructuras clínicas de Neurosis, Perversión

⁷ Pero volviendo del Amo un lugar, un lugar movable, algo distinto, no hay un amo objetivable y va a ser justo eso lo que abre la posibilidad del análisis, siendo éste una relación de no poder, no poder decirlo todo, no poder ser siempre el amo, unas veces el analista otras veces el analizado.

y Psicosis, no se escucha una psicopatología, se escuchan en cambio decires emergentes de los tres registros lacanianos, de esa realidad psíquica, ahí el ser parlante (hablante), el parêtre, aquel que tiene algo que decir, algo que decir de su síntoma para darle sentido.

Entonces desde dónde el parêtre, el pare ser, qué decir de él. Aunque influenciado por la lingüística, Lacan no hace lingüística, dirá al respecto:

Mi decir que el inconsciente está estructura como lenguaje, no pertenece al campo de la lingüística. [...] (*hace en todo caso lingüisteria*) [...] todo lo que es lenguaje pertenece a la lingüística, es decir, en último término, al lingüista (Lacan, J. 2008, 20: 24).

Lacan no marcha por la lógica del signo Saussureano, pero sí trabaja con el lenguaje a lo que responde:

Pero si se considera todo lo que, de la definición del lenguaje se desprende en cuanto a la fundación del sujeto, tan renovada, tan subvertida por Freud hasta el punto de que allí se asegura todo lo que por boca suya se estableció como inconsciente, habrá entonces que forjar alguna otra palabra, para dejar a Jakobson su dominio reservado. Lo llamaré la lingüisteria. (Lacan, J. 2008, 20: 24)

Acusado de pervertir el signo Saussureano para ocuparse del lenguaje, Lacan hace ajustes desde su lingüisteria, plantea una explicación muy distinta respecto a ese asunto del significante y del significado. Toma la elipse Saussureana y la rompe, quita la simetría, poncha la unidad, al signo lingüístico, el significante ya no va a estar relacionado con el significado, el nombre ya no refiere a la cosa, es decir, la imagen acústica ya no evoca una imagen mental correspondiente e inamovible, no evoca una única representación mental, coloca una barra radical hecha para resistir la significación, quedando $S/s \Rightarrow S-S1$, se anula el hecho de la significación con lo cual el significado pierde importancia, dado que la construcción del significado es por el Otro, es el sentido común que coloca la significación cerrada de la cosa, es decir, con la resistencia a la significación se introduce la posibilidad de la combinatoria.

Lacan dirá en su clase del 13 de Febrero de 1973 llamada *Aristóteles y Freud: La Otra Satisfacción*, que el lenguaje no es el ser que habla, no es

significación, el lenguaje es algo marcado en el curso de las épocas, que se mantiene ahí, mientras que el ser que habla es una cosa muy distinta, “a partir de ahí, ese lenguaje se esclarece sin duda por postularse como aparato de goce” (Lacan, J. 2008, 20: 70) es mediante los aparatos del goce que se aborda la realidad del sujeto, y aparato no hay otro que el del lenguaje.

El protagonista de esta formulación viene a ser el significante, la cadena de significantes, el emerger un significante se enlaza con otro significante provocando una combinatoria, ya no una linealidad de sentido, “de donde puede decirse que es en la cadena del significante donde el sentido insiste, pero que ninguno de los elementos de la cadena consiste en la significación de la que es capaz en el momento mismo”. (Lacan, J. 2009, Escritos 1: 263).

No es el fin el encuentro de la significación, no es llegar al centro, si no el desplazamiento mismo sino la producción de la cadena de significantes. Del significante ser, sucede que no remite a un significado, y entonces más bien, se enlaza con otro significante y algo adviene, deviene, revelando la realización del ser ahí en el lenguaje.

Lo que descubre esta estructura de la cadena significante es la posibilidad que tengo, justamente en la medida en que su lengua me es común con otros sujetos, es decir, en que esa lengua existe, de utilizarla para significar muy otra cosa que lo que ella dice. Función más digna de subrayarse en la palabra que al de disfrazar el pensamiento (casi siempre indefinible) del sujeto: a saber, la de indicar el lugar de ese sujeto en la búsqueda de lo verdadero. (Lacan, J. 2009, Escritos 1: 472).

Claro que dicha formulación Lacaniana será criticada, en tanto a cuestionar qué pasa con el pensamiento, si es que no hay significación, y no hay sentido, si no sin sentido, qué pasa con eso. Es con Descartes y su formulación del cogito, *pienso luego existo* que se da nacimiento al sujeto cartesiano, ese de la razón, de la ciencia, el que se preocupa y ocupa por conocer, por llegar a la verdad, que ignora o se resiste a dar cuenta que no hay verdades absolutas. El hombre del positivismo que lo instrumentaliza y logra colocarlo engañosa y mañosamente como objeto de estudio, tratando de despojarlo de su singularidad, de su subjetividad y objetivizándolo, cuantificándolo, midiéndolo, materializándolo. Pero desde este lugar, el ser no puede ser, por que el ser es

desde el inconsciente, ya que en el discurso cartesiano, ese tan lleno de sentido, se encuentra alienado, tenemos ahí al yo, al ser del yo, pero no al ser del psicoanálisis, al ser del inconsciente.

En donde ese sujeto tiene *una posibilidad distinta*, la de no caminar por ese sendero en el que todo tiene que tener una explicación lógica, donde hay lugar para aquello a lo que le desestima importancia por parecer una tontería, donde se le da cabida a la ocurrencia. Es así que el individuo que va a tocar esa puerta, que va al encuentro del diván, tiene la posibilidad de hablar su deseo, de marchar a un destino distinto, desde su verdad, aquella indestructible e inmodificable, desde su decir, desde su palabra. “La palabra es acción que da existencia a lo que está en cuestión en ella. Constituye la realidad misma como simbólica” (Balmés, 2002, p.24).

Desde el campo de la lingüística, bajo la lógica de Ferdinand de Saussure, la palabra en tanto signo lingüístico lleno de significado, tiene la función de unir, pero en psicoanálisis, la palabra se remite a otro asunto, la palabra aparece como mediadora y ahí no revela nada y ante eso no hay nada si funciona como mediación “si la palabra funciona como mediación es porque no ha culminado como revelación” (Lacan, J. 2007, 1:83), la palabra en la clínica psicoanalítica no tiene como fin unir, sino revelar. No reproduce sino que produce, no es mecánica, provoca el devenir de los sujetos, los de la posibilidad, de una singularidad, los invita a subjetivarse. El psicoanálisis da cuenta de un sujeto en falta, y es preciso eso lo que se hace, hablar desde la falta, de su propio deseo.

CAPÍTULO 2.

DEL DESEO, QUE EL PSICOANÁLISIS TRATA

*El seminario de Lacan asumió el riesgo
de la forma solemne de un discurso
público, en donde el que habla está
acreditado (o autorizado) por su
relación con la verdad, por su propia
actividad de análisis.*

Jhon Rajchman, 2001.

Se presume que la ciencia se desarrolla y sustenta dentro de un método rigurosamente estipulado, pero habrá que señalar que aquellos que “hacen” ciencia están sujetos a su campo referencial y por lo tanto subjetivo, sujetos al fin, y en tanto esto es así, entonces no se podría teorizar nada, en este sentido la ciencia adquiere un carácter de poca “validez”, la cual se le atribuye. Así bien hablar de que la ciencia es poseedora y dueña de la verdad, es hablar de un engaño, engaño que de alguna manera reina en y para el Otro. La ciencia está construida de conceptos que se crean tal vez para dominar y atrapar a ese Otro en una relación de poder, y vaya que la ciencia tiene poder, si el médico dice –usted tiene cáncer- definitivamente es porque se tiene cáncer, es una “verdad” enunciada que no se cuestiona y que por el contrario se respeta y (des)encadena acciones, en el marco de lo científico.

En una entrevista a Lacan, dice al respecto de la ciencia:

Para mi la única ciencia verdadera sería a seguir, es la ciencia ficción. La otra, la que es oficial, quien tiene sus altares en los laboratorios avanza a tientas sin destino y comienza incluso a tener miedo de su sombra. Parece que ha llegado también para los científicos el momento de la angustia.(Lacan, J. 1974)

La ciencia, se desarrolla y evoluciona mediante ideas abstractas que alcanzan su estatuto de conceptos. Los saberes que dentro de este escenario existen, están condenados a una caducidad, saberes enunciados bajo una suerte de “certeza”, trata de conocimientos certeros según sus estudiosos. El psicoanálisis no se interesa por la certeza, ya que por el contrario no trata sobre conocimientos, éste trata sobre una técnica de “sí”, de una práctica de “sí mismo” es por lo cual no ha encontrado sus límites, y me atreveré a decir que no los encontrara, en tanto que no se rige por el principio de la evolución es por esto que los escritores que viven y mueren en el intento de descubrirlo y/o descifrarlo, y que han sido atravesados por esa incomoda y gratificante experiencia moral de la que nos habla Melenotte “...es una experiencia moral, es decir no se trata de resultados, sino de experiencias...”(2008) que refiere que el camino que se forja dentro del Psicoanálisis por la búsqueda del todo/nada, de la verdad, no trata de conquistar el continente del inconsciente, ya que este no evoluciona, se descubre, solo se trata de tener la experiencia moral. Freud es progresista, aunque quizá el no se nombro así ya que él en un principio trato de ajustar todo eso que el comenzaba a hablar dentro del registro de la ciencia, pero lo que finalmente termina por hacer, es describir algo que no se puede describir, ni palpar, una práctica de la incertidumbre, nombrar lo innombrable, decir lo indecible “... *lo inconsciente es lo real imposible de decir y Freud, puso tanto en el campo de lo indecible, en el que el sujeto es artesano de sí mismo que vale la pena hacer un recorrido...*”(Jalil, A. Rodríguez, C. 2009. p.7) Es así que su visión es que las ideas abstractas sean vagas por que el futuro las mejorara, es decir quedan como ideas fundamentales en potencia, que no alcanzan el estatuto de concepto. Sin embargo siempre existe la posibilidad de acuñar nuevos términos, la ciencia nace de conceptos vagos y titubeantes, cuando estos maduran la ciencia surge, es decir ésta exige la clara definición de ideas, y quién quiere reducir esta experiencia moral a eso, a ciencia, con el corto acercamiento a esta experiencia moral.

La ciencia es engañosa, si se analiza con cautela la historia de la ciencia, se podría dar cuenta sus engaños sobre ser los poseedores de la verdad, el psicoanálisis no entra en este campo lleno de falsedad, el psicoanálisis

tropieza y quizá anda a tientas pero con la posibilidad, colocado en otro registro más allá del bien y del mal, de lo objetivo y subjetivo, aquello que escapa de la sujeción. Tan lo es así que aquello que escapa a lo científico, en el psicoanálisis tiene cabida, como la mujer, que tiene cabida y escapa a toda explicación, cabe en el psicoanálisis.

La única certeza que se puede admitir es la propia existencia de la misma en su ausencia, la ciencia se engaña creyendo que posee la certeza al enunciar sus principios y teorías, el psicoanálisis o más rigurosamente los que se dedican a él saben que ésta no existe, no se aferra(n) a poseerla, éste se centra más en el camino que en la meta. Es así que lo objetivo está alejado de éste último porque en tanto práctica de sí acepta un sujeto sin sustancia, en el psicoanálisis el sujeto no evoluciona se (des)enreda, el sujeto se (des)anuda, deviene, es artesano de sí mismo.

Dos momentos fundamentales del psicoanálisis, el primero con Freud, responde a su construcción, su nacimiento, es decir, el brinco del discurso (del amo) al discurso del psicoanálisis, al metafórico. Es con su texto de “proyecto de psicología” que muestra su propuesta de la existencia de un aparato, pasando de lo neurológico a lo psíquico. Freud dirá que con la vida extrauterina y con la vivencia de la primer satisfacción da inicio el funcionamiento del aparato psíquico, se comienza ahí a escribir el sujeto; así bien el cachorrito humano será empujado por algo a lo que Freud llama cantidad energética intercelular, a lo cual poco después llamará pulsión, energía que es disparada por una sensación de apremio a la vida (alimentación), con la vivencia de esa primer satisfacción podrá tramitar el deseo, se instaura entonces esa búsqueda repetida y compulsiva por “volver” a tener eso que en palabras lacanianas será el objeto *a*, habrá en él una necesidad imperiosa por buscar. Es así, que con Freud, encontramos la formulación del psicoanálisis, de las nociones y conceptos que serán la infraestructura de dicho edificio, ése que no se sostiene sobre conocimientos, sino sobre un saber no sabido, un discurso al que le faltan palabras para decirlo todo, un discurso de la (im)posibilidad del no poder, de la falta.

El segundo momento trascendental del psicoanálisis, ya no es el de su formulación sino el de su formalización, y este viene con Lacan. Basándose en el estructuralismo, Lacan lleva al psicoanálisis a su formalización, dada su preocupación de la formación de analistas, en la clase del 10 de Junio de 1964 lo dirá así “Formar analistas ha sido, y sigue siendo, la meta de mi enseñanza”(Lacan, J. 2010, 11:238), es decir, ese asunto de la transmisión cuenta con elementos básicos, los cuales son necesarios entender para poder marchar en el psicoanálisis sobre todo en la clínica: los matemas. Así el psicoanálisis tendrá mayores elementos para no ser clasificado en un asunto doctrinal y ser tomado como un asunto serio y formal.

Regresando a la postura freudiana, cabe realizar algunas puntualizaciones y especificaciones, sobre el nacimiento del método que su creador definió como psicoanálisis. Proveniente del método catártico, éste último descubierto por Josef Breuer del cual informa en *Estudios sobre la histeria 1895*; escritos con la participación de ambos. El método catártico tenía como condición:

“... que el paciente fuese susceptible de hipnosis y la ampliación de la conciencia que sobreviene en ese estado. Su meta era eliminar los síntomas patológicos y la alcanzaba haciendo retroceder al paciente hasta el estado psíquico en que el síntoma se había presentado por primera vez” (Freud, S. 2007, VII: 237).

Bajo provocaciones de Breuer, Freud retoma el procedimiento, en su aplicación encuentra complicaciones que lo hacen marchar hacia otro lado. El papel de la sugestión se hace presente en dichas complicaciones, se sostiene a partir de la relación médico-paciente para la desaparición (momentánea) del síntoma, regresando éstos al romper dicha relación:

Pronto se demostró que las esperanzas terapéuticas puestas en el tratamiento catártico en estado de hipnosis quedaban, en cierto sentido, incumplidas. Es verdad que la desaparición de los síntomas se producía paralelamente a la catarsis, pero el resultado global demostró ser por entero dependiente del vínculo del paciente con el médico, se comportaba por tanto, como un resultado de la sugestión, y si este vínculo se destruía, volvían a emerger todos los síntomas como si nunca hubieran tenido solución (Freud, S. 2007, XVIII: 233).

Ante tal hecho y sumando el que no todos los pacientes eran susceptibles de ser hipnotizados, Freud abandona el método catártico, da cuenta que la

sugestión bajo la que el paciente se encuentra y la hipnosis que lo hace hablar bajo ciertas condiciones, no logra hacer marchar al sujeto hacia la cura. Es así, que sustituye dicha técnica, con lo que llegaría a ser lo que edificaría la clínica psicoanalítica: la asociación libre acompañada de la regla fundamental que se sostiene aún, *diga lo que se le ocurra*. A través de esas ocurrencias que se enlazan y que logran decir algo del orden de lo inconsciente, algo que insiste, que se repite.

El psicoanálisis se coloca así como un arte interpretativo, de eso que se dice, del lenguaje, que da cuenta de la falla de la represión, del lapsus, del chiste, del síntoma, de lo que empuja e insiste, de la pulsión, de lo inconsciente. La interpretación de los sueños da luz a la explicación del trabajo psíquico. Freud (1915-16) durante la construcción y formalización del método psicoanalítico enuncia premisas que precederán dicha labor de interpretación, entre ellas que “el sueño no es un fenómeno somático, sino psíquico” (Freud, S. 2008, XV: 91), por ésta razón es que nos incumbe, y por otro lado, que el soñante no ignora lo que su sueño significa, es decir “que el soñante a pesar de todo sepa lo que el sueño significa, sólo que no sabe que lo sabe y por eso cree que no lo sabe” (Freud, S. 2008, XV: 92), hay algo de su deseo que sabe, pero que no sabe que lo sabe. Se ubica así al sueño como un estatuto fundamental para la explicación de la dinámica psíquica del sujeto, y la movilización de su deseo.

Freud formula que el sueño es cumplimiento de deseo, en su texto *Interpretación de los Sueños de 1900*, dirá al respecto “no carece de sentido, no es absurdo, no presupone que una parte de nuestro tesoro de representaciones duerme al tiempo que otra empieza a despertar. Es un fenómeno psíquico de pleno derecho, más precisamente un cumplimiento de deseo...” (Freud, S. 2008, IV: 142), colocando así, el método de la interpretación (de los sueños) de los procesos psíquicos, de lo inconsciente.

De dónde viene ese deseo, cómo es que se articula y tiene cabida su realización mediante el sueño:

“Hallo tres posibilidades para la génesis de un deseo: 1) Puede haberse excitado durante el día sin obtener satisfacción a causa de condiciones exteriores; así queda pendiente para la noche un deseo

admitido y no tramitado. 2) Puede haber emergido de día, pero topándose con una desestimación; queda pendiente, pues, un deseo no tramitado pero que fue sofocado. 3) Puede carecer de relación la vida diurna y contarse entre aquellos deseos que sólo de noche se ponen en movimiento en nosotros desde lo sofocado. Si ahora recurrimos a nuestro esquema del aparato psíquico, localizamos un deseo de la primera clase en el sistema *Prcc*; del deseo de la segunda clase suponemos que fue esforzado hacia atrás (*zurückdrängen*), del sistema *Prcc* al *Icc*, y si es que se ha conservado lo hace sólo ahí; y de la moción de deseo de la tercera clase creemos que es de todo punto incapaz de trasponer el sistema del *Icc*" (Freud, S. 2008, V: 544).

Hay una movilización del deseo, pero, qué lo moviliza, qué lo empuja a su cumplimiento, qué hace que el sujeto desee. Se encuentra y se trabaja con otro cuerpo, ése que reta a la medicina, que porta una historia que no tiene que ver con la genética, que encuentra otra vía más directa de herencia que la del ADN, se trata del cuerpo pulsional, el del lenguaje, del que media y rodea el fin último, el de la falta, el de la muerte, el de la pulsión, el de la pulsión de muerte que habla muchas veces sin palabras.

Freud como fundador del psicoanálisis y cómo un escritor de habilidad genial, nos legó esa pizarra mágica, esa posibilidad de leer eso que en el sujeto (se) escribe, con la formulación del aparato psíquico, abre camino que posibilitará esa lectura, con el escrito *proyecto de psicología para neurólogos* de 1895, en el cuál partiendo de una terminología médica, se aproxima a aquellos conceptos que serán años después conceptos pilares de su teoría. Así bien, metaforiza el funcionamiento del aparato psíquico; no olvidemos su formación inicial de médico neurólogo, que le permite aproximarse y en su momento llegar con tal terminología que además es con la que cuenta, a la formulación de su tesis.

Tal vez podríamos pensar/decir que es con el proyecto de psicología para neurólogos que comienza la escritura del sujeto, se presenta ahí el primer esbozo de la pulsión con la enunciación de la *Qn* (*energía cinética intercelular que es recogida por el sistema psi*), concepto fronterizo entre lo psíquico y lo corporal, aquella energía pujante constante que provoca la dinámica de lo psíquico.

Si ahora, desde el aspecto biológico, pasamos a la consideración de la vida anímica, la pulsión nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante (*Repräsentant*) psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma...” (Freud, S. 2008, XIV: 117).

En el capítulo VII de la interpretación de los sueños, se define al aparato anímico en función de las retranscripciones que sufren las percepciones en su camino hacia la motricidad. El aparato psíquico es aquella instancia en la que se escriben interminables representaciones. Debemos a Freud la concepción de un espacio no anatómico que da cuenta del funcionamiento del sujeto, del funcionamiento psíquico, del inconsciente.

En este ámbito de escrituras, registros y formas de leer, no debemos descartar que para Lacan el inconsciente está estructurado como un lenguaje, y es en medio de su decir que produce su propio escrito, entonces, se escribe significante para otro significante. Escritura que a partir de la representación produce y enlaza significantes, esa escritura que produce el aparato psíquico es la sede del significante. Lo que en la neurosis determinará esa búsqueda incolmable que llevará al sujeto de significante en significante.

Entender la representación como resultado del significante, tomando en cuenta el registro del simbólico desde Lacan, tomando en cuenta al Otro como un tesoro de significantes, es decir, no puede haber representación sin simbólico, esto no está en Freud, pero se anticipa con el abordaje de la representación. Cabe decir que es por las representaciones que se da cuenta de que hay sujeto, Franz Brentano (1864) dedicará un capítulo de su texto *Psicología desde un punto de vista empírico* a la distinción entre fenómeno físico y psíquico, planteamiento que servirá de andamiaje, acerca de que el placer y el dolor no tienen que ver en rigor con lo físico, así bien ambos fenómenos nos hacen pensar en objetos, pero en el caso de los fenómenos psíquicos son las ideas esos objetos, mismos que son representados, de ahí deviene la representación, “La pulsión en cambio no actúa como una *fuerza de choque* momentánea, sino siempre como una fuerza constante. Puesto que no ataca desde afuera, sino desde el interior del cuerpo, una huida de nada puede valer contra ella”. (Freud, S. 2008, XIV: 114)

Respecto al placer y displacer, Freud planteará que la tendencia de la vida psíquica, es la de evitar el displacer. El incremento de las cargas energéticas provocará displacer. Es así que la representación es el pilar de la psicopatología, ya que es de acuerdo a cómo se tramite la representación, que el sujeto apunta hacia un lado u otro, hacia la histeria, la paranoia o la neurosis obsesiva. Los fenómenos psíquicos son representación, que tiene que ver con el placer y el displacer, la representación es tramitada de acuerdo al placer o displacer que genere la pulsión, la vida pulsional que está habitada de la vida sexual, de libido.

En el manuscrito K (1896), Freud abordará cómo es el trámite de la representación en cada caso, la represión va actuar ahí, haciendo síntoma. Freud dirá a su gran amigo Fliess en la carta 52, que las diferencias principales entre las diversas neurosis se muestran en el modo en que las representaciones reprimidas retornan. Una representación hiperintensa activa la angustia. Es mudada en angustia; la angustia es una moneda de cambio: cuando la representación hiperintensa, es decir, el exceso de libido no encuentra posibilidad de descarga por vía motriz aparece la angustia.

Leer los efectos de la pulsión que funge como motor del aparato psíquico y deviene de la libido. Ese proceso psíquico ubicado entre lo sensorial y la descarga motriz, que comienza con la percepción, provocando la escritura de las primeras huellas mnémicas que llevarán a una transcripción mudada en deseo, movido por la pulsión sobre la cual la represión actuará: la realidad psíquica.

Freud (1920) subraya la importancia de la pulsión como responsable de la organización y estructura de la realidad psíquica que le atañe al sujeto:

Las fuentes más proficuas de esa excitación interna son las llamadas 'pulsiones' del organismo: los representates {*Repäsentant*} de todas las fuerzas eficaces que provienen del interior del cuerpo y se transfieren al aparato anímico; es este el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica. (Freud, S. 2008, XVIII: 34).

Vale puntualizar que la primera noción de inconsciente, fue histórico, planteado así con la finalidad de ubicar históricamente el trabajo freudiano.

Freud lo encuentra ahí en el discurso de las histéricas, en el cuerpo que escapa a toda aprehensión y resolución médica y le dice -usted que todo lo sabe, qué le pasa a estas piernas mías que no caminan-, encuentran el camino al deseo, a través del síntoma, ese cuerpo pulsional habla, se realiza.

Los pensamientos del inconsciente son como delegados representantes al cuerpo en sus destinos libidinales. En este sentido se piensa con el cuerpo, y lo que provoca que uno piense de esa manera es algo que no sirve al alma. La histeria daría fe de esto: los pensamientos inconscientes del histérico no son los de las funciones corporales, sino más bien, los de un deseo que reta a todo saber sobre sus funciones (Racjman, J. 2001. p.58).

2.1 Pulsión y goce

¿Qué es la pulsión, de dónde viene? Preguntas que se hacen presentes de manera incómoda y fundamental ante la explicación del deseo, pero más aún trascendentales y necesarias para el abordaje del goce. El sujeto se movilizará a partir de la pulsión, pero no siempre hacia lo “lo bueno”, parece que hay un roce peligroso con aquello que pone en peligro su vida orgánica, el cuerpo pulsional hace sus afectos en el orgánico. La pulsión dará la plataforma a partir de la cual el deseo y el goce encuentran la posibilidad de jugarse.

En *tres ensayos de teoría sexual* (1905), Freud define a la pulsión como una fuerza somática que proviene del interior del cuerpo y alcanza el alma, o le impone una exigencia de trabajo al psiquismo. Para 1920 la como un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de la búsqueda de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas. Dicha definición deviene paradójica y problemática, se sitúa la pulsión como aquello que sostiene vivo al sujeto y que a su vez a lo único que aspira es a la realización de su fin último, la muerte.

Durante largo tiempo, quizá, la sustancia viva fue recreada siempre de nuevo y murió con facilidad cada vez, hasta que decisivos influjos externos se alteraron de tal modo que forzaron a la sustancia aún sobreviviente a desviarse más y más respecto de su camino vital originario, y a dar unos rodeos más y más complicados, antes de alcanzar la meta de la muerte (Freud, S. 2004, XVIII: 38).

¿Cómo son esos rodeos, qué pasa con la pulsión que el acceso a su fin último se posterga?. Encontramos en Freud, una clasificación de las pulsiones, las yoicas (pulsiones de muerte) y las sexuales (que en tanto van a la reproducción, son pulsiones de vida), el juego (in)terminable entre el eros y el tánatos. La pulsión insiste, moviliza al deseo, se encuentra el principio de placer al servicio de las pulsiones sexuales; pero hay algo más allá del principio del placer, algo enigmático que coloca al sujeto con aparentes aspiraciones masoquistas, que hace que aunque sin hambre siga comiendo, que rebase el placer e incluso el displacer, y que no se detenga ahí cuando el sufrimiento se hace presente en el principio de realidad, en el mundo exterior. El masoquismo aparece en escena desde un abordaje económico, es decir, “el masoquismo es incomprensible si el principio de placer gobierna los proceso anímicos de modo tal que su meta inmediata sea la evitación del displacer y la ganancia de placer” (Freud, S. 2008, XIX: 165). Entonces, si el principio de placer, se encarga de aliviar de tensiones y de evitar el displacer, ¿qué ocurre, es displacer y placer equivalente a cantidad? Se encuentra que no, no es un asunto meramente cuantitativo, sino cualitativo a su vez, es así que el masoquismo se presenta peligroso, “A nuestras pulsiones les faltan constantemente sus metas y se desvían de sus objetos, y por ello nuestro deseo no es una “necesidad” identificable a partir de lo que lo satisface” (Racjman, J. 2001, p. 44).

En este sentido las pulsiones yoicas, se procuran camino obteniendo un placer de otra índole, un placer que no corresponde al principio del placer, sino a más allá de éste. En el caso de la pulsión de muerte ésta accede al goce en esa constante búsqueda y repetición, del roce a su realización plena; la muerte, “la meta de la vida es la muerte; y retrospectivamente: lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo” (Freud, S. 2008, XVII: 38).

En lo general, Freud indica que la pulsión presenta cuatro destinos: “el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la persona propia, la represión y la sublimación” (Freud, S. 2008, XIV: 122). Así, la actividad del aparato psíquico se rige por el principio de placer, se trata de aliviar al cuerpo de tensiones pulsionales, pero no sólo en cantidad, sino en cualidad, es a partir de éste que

toma uno u otro destino, la manera de colocar al eros al servicio de tanátos, la forma de rodear. Sin embargo resulta de vital interés, resaltar de qué se trata en el sujeto, si es que en tanto que la pulsión cuenta con 4 términos que son: *Drang*, el empuje; la *Quelle*, la fuente; El *Objekt*, el objeto y el *Ziel*, la meta, cabe preguntarse si logra realizarse, si logra escapar a la represión para llegar a la satisfacción, porque de satisfacción se trata.

En el texto de *pulsión y destinos de pulsión* (1915), Freud habla sobre la sublimación como un destino de la pulsión, pero no cualquier destino. Lacan en su clase del 6 de mayo de 1964, rescata al respecto lo siguiente:

Freud dice que la sublimación es también satisfacción de la pulsión, a pesar de que está *zielgehemmt*, inhibida en cuando a su meta- a pesar de que no la alcanza. La sublimación no deja de ser por ello una satisfacción de la pulsión y además sin represión. (2010, 11:173).

No hay retorno de lo reprimido, la pulsión que se tramita por la sublimación no cae bajo la represión, he ahí la importancia de la sublimación. Hay satisfacción en la pulsión, aún sin investir al objeto deseado, de qué se trata entonces, de un rodeo. No hay la aprehensión de un objeto, en tanto que la pulsión no tiene objeto fijo, lo que posibilita que haya verdaderamente un cumplimiento de deseo, “la otra satisfacción, entiéndase, es lo que satisface a nivel del inconsciente” (Lacan, J. 2007, 20: 65), se trata de una satisfacción aunque no necesariamente equivalente al placer.

Es evidente que la gente con que tratamos, los pacientes, no están satisfechos, como se dice, con lo que son. Y no obstante sabemos que todo lo que ellos son, lo que viven, aun sus síntomas, tienen que ver con la satisfacción. Satisfacen a algo que sin duda va en contra de lo que podría satisfacerlos, lo satisfacen en el sentido de que cumplen con lo que ese algo exige. No se contentan con su estado, pero aun así, en ese estado de tan poco contento, se contentan.” (Lacan, J. 2010, 11: 173).

El ser humano no busca su bien (o tal vez sí), como lo ha pensado, busca el displacer que el sufrimiento le ofrece una intensidad mayor, un más allá del principio del placer, justo ese exceso colinda con el dolor, y por eso termina sufriendo. Nuestro deseo es mórbido, Freud en su texto *El Malestar en la Cultura* (1930[1929]) resalta que el *súper yo* no se estructura únicamente de la

ley de afuera, es decir de las fuentes sociales, sino que representa una malestar estructural de nuestro propio deseo, es decir, una morbidez inherente. Freud menciona en su texto de *Malestar en la Cultura* que el ser humano no soporta tanto dolor, por eso, que bueno que no se cumple todo, eso sería para morirse, aunque comúnmente se piensa que ese cumplimiento llevaría a la felicidad. Pero por qué, deviene síntoma, por qué sufre. La pulsión se abre camino, sin embargo, está esa realidad fáctica que organiza al hombre, “la necesidad libidinal, dice Lacan, significa que nuestros cuerpos no dejan jamás de ‘escribirse’ en nuestros destinos” (Rachman, J. 2001, p. 50). Esa necesidad imperiosa y tan humana de escribirse, constituye el deseo.

En efecto, el rasgo diferencial de la histérica es precisamente éste: en el movimiento mismo de hablar, la histérica constituye su deseo. De modo que no debe sorprender que Freud haya entrado por esa puerta en lo que, en realidad, eran las relaciones del deseo con el lenguaje, y que haya descubierto los mecanismos del inconsciente. (Lacan, J. 2010, 11:20)

2.2 El deseo, y su ética

Podríamos preguntarnos, si el sujeto del inconsciente, ¿tendría que curarse de la pulsión, del goce, de su deseo? o ¿de qué tendría que curarse el sujeto del inconsciente que va a diván por una cura? De qué se trata en psicoanálisis. Se trata del sujeto del inconsciente, de los efectos de la pulsión, del sujeto deseante, de la ética del deseo. Así bien, de hacer una posibilidad, de hacerse una posibilidad, de vivir mejor, de romper la repetición tan vivida incluso generación por generación, rechazar eso que parece que evidentemente e indudablemente somos, de dudarnos, de provocar al sujeto a colocarse como artesano de sí mismo, de reelaborar la repetición de su síntoma, que se presenta ahí, molesto, doloroso y angustioso, de devenir otra cosa.

El encuentro con la histérica obligó a Freud a ver que, en los “síntomas”, se expresa el deseo de otra cosa que el propio bien, y que esta “satisfacción” se muestra inherentemente rebelde a las normas médicas de la salud. (Rachman, J. 2001, pp. 35-36).

Ante qué se calla el deseo, por qué se reprime. Lacan en su clase del 18 de Noviembre de 1958 menciona unas posibles respuestas a tales

planteamientos, dando cabida al concepto moral, es decir, a partir del mito abordado en Tótem y Tabú de Freud, en lo que respecta al asesinato primordial del padre, como un hecho fundante que (des)encadena, “desde ese punto de vista, la transformación de la energía del deseo permite concebir la génesis de su represión”(Lacan, J. 2009, 7: 14), falta en la que se ubica la elaboración de la civilización. Es la ley que se instaura y que articula nuestro deseo, la ley es nuestro deseo, de ahí viene, de la prohibición. Hay una ley, hay un Otro que aliena e impone al sujeto, un “deber ser” que no salga de la normalización, el sentido de la ley moral, que consume al sujeto, y que paradójicamente permite en alguna medida el funcionamiento de dicha civilización. La imposición de una moral, una moral para con el Otro que tiene que ver con el deber, y en psicoanálisis se trata de otra cosa, si de una experiencia moral, pero de otra, que responde a la ética la cual atiende al deseo propio.

Lacan revisa reflexiones importantes sobre la ética y la moral, como la de Aristóteles, la de Kant y Bentham principalmente, la primera aborda a la ética como una asunto del bien, que descarta el sexo como elemento del hombre, es un fuera sexo, y la amistad virtuosa, la verdadera, es de una alma para otra; con Kant se aborda distinto, es el imperativo categórico del deber ser, el hecho de actuar como sí, “el imperativo moral es, por lo tanto ‘categórico’ y Kant lo describe como una voz que se dirigiría a cada uno de nosotros individualmente y nos diríamos que actuaríamos como sí” (Rajghman, J, 2001, p.67), con Bentham, sería una cuestión utilitaria, qué es lo útil para la mayoría.

Con Freud la cuestión de la ética toma otro tinte, ¿cómo es que alguien se puede sentir mal haciendo algo que quiere?, solo se siente mal el que hace lo que el otro quiere, el deseo del Otro, uno es deseo del Otro, y esto deviene neurosis, deviene síntoma, malestar. No asumir nuestro propio deseo nos enferma, de un asunto de ética, a análisis se va a saber que no hay nada de que curarnos. Esto es lo que hace el psicoanálisis, algo subversivo.

Me parece que lo que constituyen todo el interés y la fuerza de los análisis de Lacan es precisamente esto: Lacan fue el primero desde Freud en querer volver a centrar la cuestión del psicoanálisis en el problema de las relaciones entre el sujeto y la verdad... Intentó plantear una cuestión que desde el punto de vista histórico es propiamente “espiritual”: la del precio que el sujeto debe pagar por

decir la verdad, y la del efecto que tiene en el sujeto la posibilidad de decir la verdad sobre sí mismo. (Foucault citado por Rajchman, 2010, p.25)

De qué se trata en Psicoanálisis: del deseo. Freud no deja de hablar del psicoanálisis como un asunto científico, un asunto serio, con método; y Lacan ofrece argumentos a favor, si es que lo que distingue a algo como ciencia es el poseer un objeto, el psicoanálisis lo tiene.

Puede sostenerse que una ciencia se especifica por un objeto definido, al menos, por cierto nivel operativo reproducible, al que se llama experiencia. Pero hay que ser muy prudentes porque este objeto cambia, y de manera singular, en el curso de la evolución de una ciencia. (Lacan, 2010, 11:16)

Es el deseo el objeto del psicoanálisis,

Hay toda una temática que tiene que ver con el status del sujeto, cuando Sócrates postula no saber anda aparte de lo que toca al deseo. Sócrates no coloca al deseo en posición de subjetividad original, sino de posición de objeto. Pues bien, también en Freud se trata del deseo como objeto. (Lacan, 2010, 11:21)

Se trata del deseo, el que se juega en la realidad psíquica del sujeto, el que se reprime, sofoca, sublima, del (in)aprehensible que al ser material del inconsciente, está en el orden de lo no realizado, que está por devenir, siempre por venir.

El status del inconsciente, tan frágil en el plano óptico, como se los he indicado, es ético. Freud, con su sed de verdad, dice: *Sea como fuere, hay que ir a ver*, porque, en alguna parte, el inconsciente se muestra. (Lacan, J. 2019, 11: 41)

El inconsciente, termina por mostrarse, no siempre con la misma suerte, hay una sed de verdad por decirse, aunque falten palabras, una búsqueda incolmable que va articulando lo que el sujeto es, aunque después sea otra cosa: el ser.

La cuestión de la histérica se reduce en un sentido a encerrar el deseo sexual en las normas de la satisfacción “sana” y conveniente.... La pregunta teórica de Freud: ¿cuál debe ser el sujeto para que sea posible esta satisfacción sintomática? Era también una pregunta ética: ¿qué hacer con este deseo para el cual no existe cura? (Rajchman, J. 2001, p. 36).

Antígona nos ofrece una explicación valiosa al respecto del deseo, una de las tragedias invaluable de Sófocles. Antígona encarna la tragedia, hija de Edipo Rey novia de Hemón hijo de Creonte. Sigue una ley que no es la de la palabra del hombre, la ley de su deseo, la ética del deseo, producido ahí en la prohibición, trasgrede esa ley del hombre, en este caso de su tío Creonte que prohíbe dar santa sepultura a Polineces, invita a su hermana Ismené a sumarse a dicho acto, la cual se niega. Antígona expresa al respecto del hecho consumado ante Creonte:

Creonte- Y, así y todo, ¿te atreviste a pasar por encima de la ley?

Antígona -No era Zeus quien me la había decretado, ni Dike, compañera de los dioses subterráneos, perfiló nunca entre los hombres leyes de este tipo. Y no creía yo que tus decretos tuvieran tanta fuerza como para permitir que solo un hombre pueda saltar por encima de las leyes no escritas, inmutables, de los dioses: su vigencia no es de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe cuando fue que aparecieron. No iba yo a atraerme el castigo de los dioses por temor a lo que pudiera pensar alguien: ya veía, ya, mi muerte –y cómo no-, aunque tú no hubieses decretado nada; y, si muero antes de tiempo, yo digo que es ganancia: quien, como yo, entre tantos males vive, ¿no sale acaso ganando con su muerte? Y así, no es, no desgracia, para mí, tener este destino; y en camino, si el cadáver de un hijo de mi madre estuviera insepulto y yo lo aguantara, entonces, eso sí me sería doloroso; lo otro, en cambio, no me es doloroso: puede que a ti te parezca que obré como una loca, pero, poco más o menos, es a un loco a quien doy cuenta de mi locura. (Sófocles, 2006, p.142)

Se encuentra en Antígona, la realización del deseo, hay una ética del deseo que es guiada a través de su verdad inaprensible. “Antígona-... De todos modos, ¿cómo podría alcanzar más gloriosa gloria que enterrando a mi hermano?” (Sófocles, 2006, p. 143). Se encuentra entre la ley escrita del hombre, del lado de la moral, del bien, de la idea del bien incrustado en esa ley, y la ley del deseo, en donde se encuentra la otra satisfacción, hay en el deseo algo que escapa a la concepción de lo que puede ser bueno o malo para el sujeto, y que excede la lógica del principio de placer y del principio de realidad. Sin importar más nada; Antígona es privada de vivir con los vivos, ubicada entre dos muertes; Hemón se da muerte con su propia mano, así como su madre Eurídice. Con Antígona se muestra la tragedia, hay algo trágico en el deseo, en el sujeto, que de algún modo porta su propia tragedia.

2.3 El cuidado de sí, la ética de sí,

¿Cómo hacer que el deseo corra con mayor suerte que devenir síntoma, es posible? podría ser ésta una interrogante trascendental, para abordar al sujeto que desea. El concepto del cuidado de sí, de la inquietud de sí, son Foucaultianos. En una entrevista realizada a Jean Allouch (2009) menciona que el psicoanálisis ha de ser Foucaultiano, que siempre lo ha sido y que si no fuera así entonces no sería más explícito lo siguiente:

fundamentalmente, el psicoanálisis y los psicoanalistas que siempre le han aportado al psicoanálisis algo importante eran foucaultianos en el sentido de que Foucault tenía cierta angustia, tenía cierta inquietud personal que no lo dejaba estar tranquilo. Todos tendrían que ser unos foucaultianos en el sentido de ser unos inquietos, porque esa inquietud es la que permite la posibilidad de producción y del desarrollo del psicoanálisis. Freud tuvo también esa condición al igual que Lacan; los grandes psicoanalistas han sido en ese sentido como Foucault, gente inquieta, gente que en su dimensión personal siempre había algo que les generaba una cierta angustia, que los movilizaba en relación con el saber y que les había hecho producir conocimiento. (P. 165)

Tener una “inquietud de sí” es a partir de Sócrates un sello distintivo y una dificultad fundamental del pensamiento crítico o filosófico; es parte de lo que significa ser filósofo.

Esta función crítica de la filosofía dimana, hasta cierto punto, del imperativo socrático: ‘ocúpate de ti mismo’, es decir, ‘Fúndate en libertad, mediante el dominio de ti. La práctica del pensamiento crítico filosófico consiste, por lo tanto, en la inquietud de sí; la dificultad es la de saber cómo. Para decirlo con más firmeza, la “subjetividad” pertenece al pensamiento crítico; no puede evadirse. (Rajhman, J. 2001, pp. 17-18)

Esa inquietud inherente al sujeto puesta en escena en las primeras investigaciones infantiles, ya mencionadas en el primer capítulo, resultan el parteaguas para la construcción de la subjetivación del sujeto. El sujeto se duda, se cuestiona sobre su origen, lo que le permite desplazarse y articular futuras preguntas. Sin embargo, algo ocurre, hay un velo que le impide de algún modo acceder a la verdad plena, que lo detiene ante la posible realización de planteamientos. Hay Otro que se instaura como amo, que pastoraliza, que normaliza al sujeto, y que lo coloca como objeto, manipulable, en eso que se supone debe ser. Pero hay algo que no resulta tan bien para

esa moral, algo que franquea, que se le escapa, y que la presenta insuficiente, y es, que el sujeto desea, entonces, hay un malestar (en la cultura) inherente al deseo, “Quizá la meta no sea hoy en día descubrir qué somos, sino rechazar lo que somos...Debemos promover nuevas formas de subjetividad mediante el rechazado de esta clase de individualidad que nos ha sido impuesta durante siglos” (Foucault, citado por Rajchman, p. 23), una nueva manera de vivir, desde el propio deseo. Fundado en la idea de que el sujeto no está dado, sino que deviene, tiene la posibilidad de devenir otra cosa.

Que el sujeto no está redondeado y acabado, es un asunto que Freud puso sobre la mesa, lo que permitió que su tesis trascendiera “Lo novedoso u original de Freud consistía en volver a conceptualizar y a orientar nuestro sentido de nosotros mismo como seres éticos, prometiendo que podríamos siempre convertirnos en algo nuevo, en algo distinto”. (Rachjman, J. 2001, p.40). Toma al sujeto de la posibilidad, de devenir otra cosa, de reelaborarse, ser artesano de sí mismo, edificado en el deseo.

El encuentro de Freud con la histeria constituye así un acontecimiento epistemológico, porque lo hace abandonar o matizar lo que había aprendido en su formación médica. Fue también un acontecimiento autoanalítico, porque después de eso emprendió un nuevo examen de sus propios deseos y de su papel en su nueva práctica. (Rachjman, J. 2001, p.35)

Freud fue un sujeto que se escuchó, que escuchó su deseo y pudo desalienarse de ese discurso del amo que la ciencia le representa(ba), del Otro, se colocó como sujeto a travesado por contingencias, que le permitió establecer una relación con su verdad, esa criticada por muchos, la teoría del sujeto, señalada como pansexualista por otros, estableció en lo que respecta a la investigación y a su método, una nueva erótica del saber, sustentada en la inquietud y el cuidado de sí del sujeto.

2.4 Clínica Psicoanalítica; (Diván) aduana para el deseo

En el texto de *Malestar en la Cultura (1930[1929])* Freud aborda un asunto importante respecto a lo que el sujeto espera alcanzar de (en) la vida, siendo encontrada la palabra felicidad como aquel estado de total bienestar, por lo menos desde su concepción común. La tesis principal de dicho escrito

transcurre en el planteamiento del antagonismo que se presenta entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura, hay pues algo que limita la realización de la exigencia pulsional tal cual existe. Es justo dicha cuestión la abre la puerta al escenario en el que el sujeto se brinda una posibilidad, el del psicoanálisis, unas veces del lado del analizante (otras veces de otro lado). Hay una posibilidad para aquel que llega angustiado con preguntas sobre lo que le pasa, que aún habitado por la razón, no deja de repetir aquello que le aqueja.

Respecto a la teoría y la práctica, son dos lugares que por lo menos en psicoanálisis no corresponden. En otras prácticas *psic*, se habla de que el terapeuta a cargo debe promover un proceso llamado por la psicología *rapport* que consta a grandes rasgos de generar un clima de confianza en donde el paciente pueda sentirse cómodo, en esos otros campos se manejan en la lógica de que aquello que se enuncia en la teoría es llevado a la práctica, en un modo de comprobación, de réplica, de realizar en la práctica eso que la teoría dice y que se espera resulte a la medida. Pero en psicoanálisis, es distinto, es incómodo en cierta medida, y la práctica no tiene cabida en cierta forma, será en todo caso teoría y clínica lo que aquí encontramos, y se podrá ver algo que los positivistas y los críticos del psicoanálisis no podrán desaprovechar, es decir, que la clínica en suma poco coincide o difícilmente puede ajustarse a la teoría, en la medida que eso que pasa en el consultorio no es aprehensible, ni comprobable ni cuantificable es irrepetible.

Entonces, qué hace a un analista, analista, cómo saber que ese que está ahí escuchando el decir del sujeto que se recuesta sobre el diván, realmente está autorizado, formado o preparado para hacer una clínica que lleve al sujeto a aliviar su sufrimiento, si en este campo se renuncia al lugar estático del amo. Quedan lanzadas las preguntas ¿cómo transmitir el psicoanálisis?, ¿qué es aquello que certifica al analista?. Cuestionamientos que de algún modo apuntan al tema de la ética en psicoanálisis.

Pedro Oyervide (1988), se encarga justamente de esta interrogante y la aborda en su texto *El psicoanálisis y su transmisión*, marcando aforismos con los que se intenta problematizar y tal vez (des)anudar la cuestión del ser analista. Los

aforismos son “el analista es aquel que ha hecho su análisis con otro analista” planteando el asunto de *devenir*:

[...] si alguien necesita una análisis lo busca y lo hace. Todos los pacientes son potenciales analistas. Todo analista es un antiguo paciente pues es el enfermo el que necesita un análisis. La sociedad analítica es un amasijo, de antiguos locos y enfermos [...] (pp. 265-266)

Si todos los pacientes son potenciales analistas, por qué no todos son analista “el deseo de querer ser analista no es idéntico al deseo-del-analista. El analizante que devino analista, lo ha sido por su acto, como actualización de ese deseo” (Oyervide, P. 1996, p. 273). Es decir, se hará analista, dado que no es un asunto de ser, de eso no se trata en psicoanálisis, no como el ser arquitecto, ser abogado, no es algo doctrinal, tiene que ver con un hacerse analista.

En dicha clínica se trata de dos deseos, el del analizado y el del analista de hacerse (analista), de devenir desde el deseo, trabajo nada sencillo. Particularmente este tema me atraviesa como sujeto, hay en este campo y en esta clínica una “responsabilidad”, una ética, no sólo en lo que corresponde al paciente, sino que también apunta una inquietud de sí, del propio analista, se trata de su propio deseo; no es cualquier cosa colocarse en ese lugar. Freud lo hizo sin anticipar los avatares que se le presentarían en dicho trabajo, pero sabiendo abordarlos conforme fueron mostrándose y logrando la construcción de un método, el método psicoanalítico.

Es el sujeto del inconsciente, el de la falta al que Freud le abre la puerta, a ese sujeto de las ocurrencias que es donde no se conoce y se conoce donde no es, el que ante un fallo de la represión (lapsus, chiste, sueño, síntoma) brinca sorprendido desconociéndolo como suyo. Un espacio para la singularidad en dónde nada resulta impersonal, en tanto teoría del sujeto, del sujeto del inconsciente. Singularidad también desde el analista, eso es lo que Freud protege, su singularidad, su pensamiento, que le permite abordar o bordear el deseo del sujeto, un espacio que escapa a la vigilancia y que da la posibilidad de devenir hacia un destino distinto.

No es asunto sencillo, hablar del (el) deseo, escuchar su deseo, en tanto que éste se estructura por la ley, por la prohibición, hablar de eso que tiene su génesis de la prohibición resulta en más de las veces aterrador para el sujeto, (in)soportable.

Lo que promete el análisis no es, por lo tanto, una “vida equilibrada”... los efectos no se conocerán con antelación sino que apenas se leerán en las complejidades, las inadapataciones, el sufrimiento que hacen que nuestras vidas nos pertenezcan. (Rachjman, J. 2001, p. 44)

Arriesgarse a escuchar a uno mismo, a encontrarse con su propio decir, a ser diferente, no como rebeldía inamovible, sino como poseedor de una verdad propia que pueda ser capaz de movilizarte hacia tu deseo, es un asunto de amor.

Lacan consideraba que Freud nos lo había mostrado. La innovación de Freud fue introducir y establecer un nuevo tipo de eros en el saber o el decir verdadero sobre nosotros mismos. “El discurso analítico promete. Innovar. Eso, cosa enorme, en el campo que se produce el inconsciente, puesto que esos callejones sin salida, entre otros ciertamente, pero en primer lugar, se revelan en el amor” (Rachjman, J. 2001, p. 28)

Por eso la situación analítica se sostiene en la transferencia, en esa relación amorosa que le permite al sujeto devenir otra cosa, “Qué es el psicoanálisis, lo que debe ser, lo que jamás dejo de ser: una nueva ética” (Rachjman, J. 2001, p.31), es marchar por un camino que le permia ser, “... el análisis sigue siendo la experiencia que volvió a dar al máximo su importancia a la función fecunda del deseo como tal” (Lacan, J. 2001, p. 12). Por tanto, la experiencia de análisis, es una erótica, “Sería reconstituir la “verdad” que introducen así en nuestras historias: una verdad que viene siempre después y con la cual nunca podemos terminar” (Rachjman, J, 2001, p. 49).

Ese escenario, del diván, tiene un sentido, el de recostar al paciente para que diga lo que se le ocurra, sin ser colocado como un sujeto categorizado por el prejuicio, ni la aprobación o desaprobación de la ocurrencia, en dónde se topa con su decir, con su deseo, fuera del discurso del amo. Aunque la trascendencia no recae precisamente en el diván como objeto, sino como

dispositivo, como aduana para el deseo, “A propósito, el origen de la palabra diván es “*diwan*”, una palabra de origen árabe, que quiere decir “aduana”, un punto de filtro, punto de pasaje, ¿qué interesante este significado no?” (Allouch, J, 2009).

Cabe preguntar, qué hace a la clínica Freudiana singular, qué la caracteriza y la hace diferente de las posteriores propuestas o ejercicios de la clínica psicoanalítica. No habrá que olvidar que la clínica freudiana es freudiana porque es Freud quien la hace, la de Lacan es lacaniana (aunque suene vacía la frase, hay mucho en ella). Es de público conocimiento que Lacan hasta el último momento se enuncia Freudiano, lo dice en su intervención en Caracas

“Vengo aquí antes de lanzar mi Causa Freudiana. Como ven no me desprendo de este adjetivo. Sean ustedes lacanianos, si quieren. Yo soy freudiano. Por eso creo adecuado decirles algunas palabras del debate que mantengo con Freud, y que no es de ayer” (Lacan, J. 1980.)

Entabla diálogo, ese debate con Freud que le permite llegar a la formulación de sus seminarios y con ellos las aportaciones trascendentales para el psicoanálisis. Marcados por sus propias contingencias, y colocados en una época y espacios distintos, atravesados por su realidad, de entrada parece una formulación bastante sosa, pero es precisamente eso lo que la diferencia de otras “prácticas”, que no reproduce sino que produce, no es mecánica, provoca el devenir de los sujetos, los de la posibilidad, de una singularidad, los invita a subjetivarse. Se habla aquí de la teoría y clínica, no de teoría y práctica, porque esta última refiere a que la teoría psicoanalítica hay cosas que no cuadran al pie de la letra en la clínica, porque esta clínica psicoanalítica da cuenta de un sujeto en falta, y es preciso eso lo que se hace, hablar desde la falta de su propio deseo.

No habrá que olvidar que aún en esta singularidad del analista, hay un método, elementos que el psicoanalista tendrá que tomar en cuenta en estas situaciones de la clínica. De qué sujeto nos ocupamos dice Lacan, sujeto de la ciencia, un sujeto atravesado por un discurso positivista, que rápido quita todo lo que huele a subjetividad. ¿Cómo borrar la subjetividad del sujeto? ¿será esto posible? El psicoanálisis, es una teoría que no busca o lleva al ideal, el analista

jamás se plantea esperar el bien del paciente, no lo busca, hace una clínica del deseo y eso no siempre pone a uno bien. El sujeto del que se ocupa el psicoanálisis, es el de la certeza, el sujeto cartesiano, del sujeto que duda y busca respuestas, busca certezas. En psicoanálisis no hay *a priori*, el analista no retoma lo de la última sesión, sólo escucha, lo que ahí se dice, uno no tiene nada en la mano.

Teoría psicoanalítica, como un recurso para saber más, saber de ti, qué no se puede saber, que está tachado, que está en falta, eso permitirá en la clínica al analista sostener el deseo de ser analista, ese deseo que salió en la cadena de significantes de su propio análisis, respecto al deseo de ser analista, un sujeto tachado. El psicoanálisis es una teoría que trata del sujeto en falta y es la falta lo que le permite al sujeto desplazarse en una cadena de significantes.

En la cultura occidental parece que no hay cabida para el sujeto deseante, aunque aparezca en cada fallo de la represión. Forma parte de la cultura occidental que se puede trabajar con el yo, la psicología trabaja con el yo, y va sobre la ética de la auto-responsabilidad, pero en psicoanálisis no se trata del yo, del sentido o del sujeto cartesiano, se trata del sujeto deseante ese que el cartesiano trata de anular. De qué lado encontramos al psicoanálisis, del lado del cuidado de sí, no del lado de gobierno de sí, de aquel que intenta engañosamente educar sus pulsiones, para eso están las demás prácticas, y el discurso positivista.

CAPÍTULO 3.

(IN)FORTUNIO DE LO FEMENINO

En el psicoanálisis, hay una faltante, una faltante que permite seguir avanzando de tal manera que podemos decir, que éste se muestra como teoría del sujeto, que lo bordea con sus (in)contingencias aquello que lo estructura, lo que es, pero también lo que puede ser, lo que deviene. Así bien, localiza el espacio que ofrece la posibilidad de otra cosa, al enfrentarse con la imposibilidad, posibilidad de hablar, de escribir, de inscribir, de un poder ser.

Cuando un sujeto acepta entrar relación con otro, ésta decisión va mucho más allá de la tan nombrada atracción física, sexual, es un sujeto si sexuado pero no clasificado no hetero-sexual, no bi-sexual , no homo-sexual, los cuales apuntan a la vida sexual romántica, sin estos prefijos que se le anteponen por el Otro, es en base a su carácter sexual que se ha vivido de tal o cual forma, mediante la que se coloca y/o posiciona respecto al mundo, es así que hablando lo sexual como unidad, se habla como una forma de vivirse, que lo coloca en el mundo.

A lo largo y ancho de la historia del sujeto, la mujer ha sido y sigue siendo, el enigma impenetrable, el continente oscuro de la feminidad como lo enunciaba Freud, asunto que siempre ha inquietado tanto a hombres como a mujeres. Protagonista de innumerables acontecimientos en la historia de la humanidad, de la mitología, de relatos que (la) delatan, las diosas Venus y Afrodita entre otras, Juana de Arco, Frida Kahlo, Nefertiti reina egipcia durante el siglo XIV, reconocida principalmente por su belleza, pero no sólo por esa causa es reconocida, en un gran número de artículos se le reconoce como la autora intelectual del paso del politeísmo al monoteísmo, con significativa influencia en lo político, religioso, económico y cultural, lo cual no ocurría con otras reinas y más reciente igual de polémica Carmen Aristegui, periodista mexicana que se ha construido desde su decir y así se mantiene activa de un modo trascendental para lo que acontece en México. Sin embargo, la mención de todas estas mujeres, no son con tintes de resaltar el feminismo como tal

entendido desde una postura hermética y tajante, e incluso tal vez agresiva respecto a la figura masculina, la importancia de dicha recuperación de figuras como estas, es para poder plantear y sostener justo la tesis de la posibilidad de devenir, movidos por la inquietud de sí, que coloca como artesano de sí mismo.

Es desde esa inquietud inagotable, que se enuncia a la mujer como sujeto de la (im)posibilidad, que se le comienza a abrir la puerta con la pregunta freudiana qué quiere un mujer, bien vale recordar que es con el trabajo de las histéricas que Freud llega a formulaciones al respecto. Es así que se le ubica dentro del campo de lo (in)decible, sin lograr encontrar un lugar estable para ella, y que, sigue hablándose, moviéndose, deviniendo posibilidad. Es cierto que ha sido hablada desde la desventaja, mujer que le falta, que carece, que es mutilada socialmente, castrada, incompleta, características que victimizan culturalmente a la mujer, pero hay algo más que eso, he ahí la trampa del “in”. Un deseo, si insatisfecho, un deseo que le permite ir, venir, advenir, marchar, crear, porque no procrear. Sí es todo eso, pero también es más que eso, un sujeto.

Si bien con esas inquietudes gira la investigación a un asunto que impacta en la propuesta de un posible abordaje de lo femenino sin categorías que la coloquen como un ser mutilado, detenido y sufriente, apuesta, sin embargo como toda apuesta, no implica la certeza del triunfo. Tal vez el asunto esté en un naufragio eterno de lo femenino, no por esto tormentoso. Siempre es hablada desde la desventaja, habrá que replantear si el asunto realmente es así, para eso cabe preguntarse: ¿Es desde fuera de la mujer que se le puede otorgar, un lugar, tendrá que ser en rigor desde el Otro que se le da un lugar? ¿Por qué exigirle un lugar y una estabilidad a la mujer, si así está tan en pie en el discurso, en la cultura? ¿Es la inquietud de sí una propuesta de resolución a lo femenino? ¿es lo femenino (in)fortunio? ¿Tiene el deseo posibilidad en el sujeto colocado desde lo femenino?.

Mujeres inquietas, inquietas de su subjetividad, contingencia que de manera inmanente (se) porta, es su propia contingencia, mujeres inquietas de sí, no

toda(s), sin bordes, sin restricción, con inquietud de sí, mujeres que en tanto se ocupan de ésta contingencia mujer, de este continente oscuro, se ocupa de sí, desde su ética, psicoanalistas, antropólogas, filosofas, mujeres, todas investigadoras, siempre con una pregunta que las llevará quién sabe a dónde.

3.1 Lo femenino en psicoanálisis

Se coloca lo femenino en un mundo distinto, ¿distinto a qué?, en donde aún a pesar de tener tantos puntos de convergencia con lo masculino por lo menos en el terreno del desarrollo sexual infantil en donde la libido se juega de modo trascendental, escapa a la estabilidad y aprehensión de lo masculino al abordarse “los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal” (Freud, S. 2008. XXII: 108).

Dos mundos situados como opuestos, en lo que corresponde a la infancia y a la inercia cultural de diferenciarnos en lo automático, “masculino y femenino es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano” (Freud, S. 2008, XXI: 105). En 1905, explica Freud en uno de sus ensayos de teoría sexual, que pasada la metamorfosis de la pubertad, como él llama a este periodo del sujeto para plantear, que es momento definitorio para la posición del sujeto respecto a su objeto amoroso de la pulsión, “sólo con la pubertad se establece la separación tajante entre el carácter masculino y femenino, una oposición que después influye de manera más decisiva que cualquier otra sobre la trama vital de los seres humanos” (Freud, S. 2008. VII: 2007), en otras palabras es después de dicha metamorfosis que se hacen visibles los demás modos de ser en tanto su meta sexual, hetero, homo, bi, trans, pero todos sexuales, y hombre y mujer en tanto correspondencia de masculino y femenino, se separan, la anatomía sigue vistiéndolo y clasificando a los seres humanos en esa primera dicotomía, pero en tanto sujetos dejan de converger separando caminos. Se centra la atención al sujeto colocado en la heterosexualidad por fines del tema que atañe la presente tesis. Esa situación respecto al falo, que organiza, a través de la cual el sujeto se desplazará en la vida:

Durante los procesos de la pubertad se afirma el primado de las zonas genitales...Al mismo tiempo, desde el lado psíquico, se consuma el hallazgo de objeto, preparado desde la más temprana infancia. Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno...Lo perdió sólo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. Después la pulsión sexual pasa a ser, regularmente, autoerótica, y sólo luego de superado el periodo de latencia se restablece la relación originaria. (Freud, S. 2008. VII: 202-203).

Presentándose como consecuencia del complejo de Edipo y del complejo de castración, la elección de la meta sexual. Se encuentra-reencuentra a aquel objeto fuera del cuerpo ya una vez perdido, se le inviste libidinalmente “El hallazgo (encuentro) de objeto es propiamente un reencuentro” (Freud, S. 2008. VII: 202), es así que el desarrollo sexual infantil a penas tiene sustento en lo referido a la función de los órganos reproductores, referidos a la genitalidad, tiene así, su elaboración en el psiquismo del sujeto y sus vivencias ante la renuncia de su primer objeto de amor.

Pero más allá de lo que el padre real autoriza, a quien ha entrado en la dialéctica edípica, en lo que se refiere a la fijación de su elección, más allá de esa elección es donde se encuentra aquello a lo que siempre se aspira en el amor, a saber, no el objeto legal, ni el objeto de satisfacción, sino el ser, es decir, el objeto aprehendido en lo que le falta (Lacan, J.2010 4:216).

Lo femenino desde la posición de Freud en el psicoanálisis se teje a partir del pasaje de la pulsión por el complejo de Edipo y el complejo de castración, momento trascendentales en el desarrollo sexual infantil que se traducen en el sujeto marcando el lugar que éste ocupará respecto al falo, como aquella representación que organiza, y define la elección de objeto futura. Cómo se articulan ambos complejos, qué ocurre en uno y en otro, es igual para el pequeño portador de la representación más directa del falo que para la pequeña carente de, que le falta de entrada visiblemente algo, cómo es que si el desarrollo sexual infantil tanto de uno como del otro atraviesan por ambos complejos terminan cada uno en lugares distintos.

De qué se trata el complejo de Edipo (esto ha sido ya explicado en el primer capítulo de manera más minuciosa desde Freud), desde una perspectiva lacaniana “Se trata de que el niño asuma el falo como significante y de una

forma que haga de él instrumento del orden simbólico...de que se enfrente al orden que hará de la función del padre la clave del drama" (Lacan, J. 2010. 4:202). La instauración de la prohibición, de la ley que estructura al sujeto, en el mejor de los casos neurótico. Aun que no pasa igual en ambos casos, en el niño, se presenta primero el complejo de Edipo y luego el de castración, en la niña es a la inversa:

El fin del complejo de Edipo es correlativo de la instauración de la ley como reprimida en el inconsciente, pero permanente. Sólo así hay algo que corresponde en lo simbólico. La ley no es simplemente, en efecto aquello en lo que está incluida e implicada la comunidad de los hombres –y después de todo, nos preguntamos por qué. Se basa también en lo real, bajo la forma de ese núcleo que queda tras el complejo de Edipo, núcleo llamado superyó (Lacan, J. 2010. 4:213)

Sin embargo, ésta explicación del Edipo, dice más del hombre que de la mujer, ya Freud lo deja ver con su famosa pregunta "¿qué quiere una mujer?" presentando una imposibilidad de explicarla aún dando cuenta de su pasaje por ambos complejos. Desarmemos el edificio del sujeto que se construyó en esa su época primitiva, la de la infancia.

En palabras freudianas el niño tiene una renuncia a su primer objeto, al pecho materno, a la madre, que será convocado por la amenaza de castración, y tendrá que renunciar a ese objeto de goce, quedando ubicado el hallazgo de objeto. En el niño, más que complejo de castración, responde a una amenaza de castración, ratificada ante la presencia de los genitales de la niña, que presentan la ausencia, la falta de la representación real de ese órgano, que de no renunciar a sus deseos libidinales incestuosos dirigidos a la madre, le será despojado. En la frase de "los hombres maduran después que las mujeres" se deja ver, el hecho de que en tanto el hombre tiene una representación del falo en lo real, que es su pene anatómico, es para él suficiente por algún tiempo más prolongado que para la niña, y recurre a otros recursos que lo sostienen respecto a eso, como el albur, ese ejercicio de lenguaje en el cual el juego consiste en el acto de coger, pero va más allá, va al acto del poder, es el uso de su miembro, es decir, de su representación fálica que lo mantiene tranquilo, ubicando dicho estado en la propuesta de real, simbólico, imaginario de Lacan referido a los tres decires desde donde el sujeto se enuncia, se mantendrá

estable entre lo real y lo imaginario, el simbólico se sostiene, el final del complejo de Edipo para él se ubica con la aparición del complejo de castración.

Pero en la niña, futura mujer colocada en lo femenino ocurre de modo distinto, para ella se le presentan dos renunciaciones forzadas, a su objeto primordial, la madre, y después al padre por la prohibición al incesto. En cuanto a la primera renunciación es movida ante un reclamo de incompletud notorio del cual culpa a la madre, le reclama a ella por estar castrada y estar ella misma castrada, por tal razón, en el caso de la niña la castración se presenta como complejo, como un evento consumado. Entre las primeras teorías infantiles está “el supuesto de que todos los seres humanos poseen idéntico genital (masculino)” (Freud, S. 2008. VII: 177), es decir, un pene, al no ser así la niña sucumbe a su primer objeto amoroso invirtiendo al padre libidinalmente como una posibilidad de acceder a la resolución de su Edipo, es éste portador del falo, el cual la niña desea incestuosamente obtenerlo, teniendo que renunciar a él por la misma condición que el varón, la prohibición del incesto. Aún con esto le deviene otra elaboración, la sustitución del deseo del padre, al deseo de un hijo, es la forma en la que para la teoría freudiana se resuelve el Edipo en la mujer, se encuentra así que “La cuestión es entonces en su caso el deslizamiento de este falo imaginario a lo real” (Lacan, J. 2010. 4:204). Por tal razón, la niña “madura primero” en comparación del varón, ella marcha otro camino.

Es notoria la cantidad de objetos que la mujer se procura a modo de prótesis, aquellos heredados por la cultura, incluso por su misma progenitora, como aretes, collares, la pesada bolsa, entre otras cosas que cuando sale sin ellas, ella misma expresa “siento que me falta algo”, esa falta que incomoda, y de la cual se busca cubrir, detrás de un velo, que no deja de mostrarse en lo cotidiano. La niña precoz, comenzará a temprana edad a buscar obtener el falo, bajo el significante amor, escribirá cartas sentidas a aquel que dice amar, después de la pubertad, en donde la anatomía comienza a separarla socialmente de las prótesis que de niña le ofrecen, como el jugar a la mamá con su tan amada muñeca, el jugar a la casita, la ilusión de los cuentos de hadas, juegos imaginarios con los cuales sostiene su registro simbólico,

tendrán que desplazarse a lo real, y buscará entonces a su amado que pueda darle lo que ella tanto quiere, un hijo, específicamente un hijo varón.

En ella se da una especie de contrapeso, entre la renuncia del falo y el predominio de la relación narcisista... una vez efectuada esta renuncia, abjura del falo como pertenencia y éste se convierte en pertenencia de aquél a quien desde entonces se dirige su amor, el padre, de quien ella espera efectivamente el hijo. Esta espera de lo que en adelante ya no es para ella sino algo que se le debe dar, la deja en una dependencia muy particular que hace surgir paradójicamente, en un momento dado, como lo señalan diversos autores fijaciones propiamente narcisistas. De hecho, es el ser más intolerante a cierta frustración. Hablaremos de esto más tarde, cuando volvamos a referirnos al ideal monogámico en la mujer. (Lacan, J. 2010. 4:206)

Es con la obtención de un hijo varón que puede accesar a ese falo imaginario, con el pene del hijo; marcando una importancia respecto al primogénito para la madre, así que de no ser varón, tendrá que soportar la castración que la acompañará por siempre (de no tener en futuros embarazos un hijo varón), ante el reclamo de su hija mujer, como lo hizo ella en su tierna infancia, y que además se ratificará, se repetirá generación tras generación, la herida de la castración sangrará y se hará aún más notoria mensualmente: la menstruación. La mujer se encuentra visiblemente castrada, su vestidura anatómica la reafirma como aquello inconcluso, un no todo, la notoda como la enuncia Lacan, sin bordes. Por tanto, en tanto inconclusa, y notoda, no responde a una unidad, es por eso que finalmente “el Edipo hace al hombre, no hace a la mujer” (Soler, C. 2007. p. 25), aquel resultado de la tramitación de ambos complejos, en cuanto feminidad normal navegará, se encontrará en un eterno naufragio buscando tierra firme.

... es que la castración no podría deducirse únicamente del desarrollo, puesto que supone la subjetividad del Otro en cuanto lugar de su ley. La alteridad del sexo se desnaturaliza por esta alienación. El hombre sirve aquí de relevo para que la mujer se convierta en ese Otro para sí misma, como lo es para él (Lacan, J. 2009. Escritos 2: 695)

Ofrece así la castración la posibilidad de subjetivizarse, de estructurarse como sujeto, como un significante para Otro, un significante para sí mismo(a).

3.2 El goce femenino y sus distintos significantes: Mujer e Histeria, Mujer-Madre/Put

Posterior a la castración, no sólo hay un destino para la mujer, hay tres:

El descubrimiento de su castración es un punto de viraje en el desarrollo de la niña. De ahí parten tres orientaciones de desarrollo: una lleva a la inhibición sexual o a la neurosis, la siguiente a la alteración del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad, y la tercera, en fin, a la feminidad normal (Freud, S. 2008. VII: 116).

Siendo ése último el que nos interesa ahora, la feminidad normal, entendida como aquella que tiene como objeto amoroso al ser de su sexo opuesto, el hombre, aún dentro de ése se encuentran distintos modos de subjetivación de la mujer, tantos significantes que encarnan el cuerpo anatómico colocado desde la feminidad, que resulta importante abordarlos o tal vez bordearlos.

Situada en los estudios freudianos de lado de la pasividad, encontrándola nuevamente sometida a las polaridades genéricas, esas que más que diferenciar uno de otro, clasifica en bueno o malo, blanco o negro, arriba o abajo, pasivo o activo, siempre la “peor” parte de la dicotomía, lugares sinónimo de pasividad como algo que atañe indiscutiblemente a la feminidad, desde su confirmación por su constitución biológica así como desde su propia subjetividad, sin dejar de lado su nulidad en el orden simbólico. La pasividad es algo que representa a la mujer desde que se concibe mujer, desde que ella mira su propio cuerpo y da cuenta que, desde ese momento, se coloca en un ser, que paciente, esperará a remendar una herida ontológica que permanecerá abierta toda su vida. Precisamente es un ser herido, porque es un ser hablante, este problema comienza con el amor, con el problema para amar, y el problema “des-ser”.

Hay una atrofia, algo que no pudo tramitarse y devenir completud ni de carácter especular “La atrofia es la respuesta en lo real del cuerpo a una abolición simbólica de cierto sector corporal” (Orozco, M. 2003. p. 173). Freud (1905) habló de ésta atrofia, atribuyéndole un carácter social, que se encuentra en el discurso que circula, y si está en el discurso tiene su peso simbólico, una

atrofia cultural que relega a la mujer, a lo oscuro, a guardarse, a no mostrarse (dado que no tiene que mostrar), al hogar.

Cuando se señala a un sexo anatómico mujer, no se dice “ella es una mujer”, ese significante está ya dado, instaurado en el discurso de manera implícita, sin embargo, hay una cadena de significantes que la nombran y que encontramos en expresiones como “ella es mamá”, “es una histérica” o “es una puta” significantes que se coquetean en el desplazamiento de uno a otro. ¿Quién la señala, quién la coloca en esas configuraciones de subjetividad y en tanto a qué?, ¿viene de ella?, ¿quién la nombra y le da existencia desde ahí, de ese lugar ceñido a un fantasma que no es de ella?. Diferenciados en tanto un tipo particular de elección de objeto, Freud (1910) en el texto del mismo nombre plantea contribuciones a la psicología del amor, aborda sobre las condiciones de amor para la elección de objeto amoroso desde el hombre, lo cual viene a dar un poco de claridad sobre esas investiduras sobre la mujer.

La primera condición de amor trata sobre “*tercero perjudicado*”, es para el hombre aquella mujer sobre la cual otro tiene derecho objeto de deseo, no elegirá a una mujer en estado de libertad, tendrá que devenirle otro estorboso con el cual pelear por aquella mujer. Es que en la vida amorosa del adulto se reactivan las imagos infantiles, y ese otro estorboso, ese tercero es el padre, que le ha venido negando el acceso a la madre, esa ley que prohíbe los deseos incestuosos, logrando con este desplazamiento a otra mujer articular restos del Edipo aún vigente.

Inteligimos de inmediato que en el niño que carece dentro de la familia el hecho de que la madre pertenezca al padre pasa a ser una pieza inseparable del ser de aquella, y que el tercero perjudicado no es otro que el propio padre. Con igual facilidad se inserta en esa trama infantil el rasgo sobrestimador, que convierte a la amada en única e insustituible; en efecto, nadie posee más que una madre, y el vínculo con ella descansa sobre el fundamento de un suceso a salvo de cualquier duda e irrepetible. (Freud, S. 2007. XI: 163).

La segunda condición es la del “*amor por mujeres fáciles*”, la cual formula que las mujeres de moral intachable, castas, no serán atractivo para elevarlas al lugar de objeto de amor, sino sólo aquella de la cual su *reputación* sea dudosa, la mujer liviana aquella que despierta el quehacer de los celos, que resulta una

necesidad para este tipo de amor. El sujeto da cuenta de la endeble línea que separa la idea de una y de otra, de la madre y de la mujer fácil, a saber que ella, su madre a entrado en comercio sexual con otro, su padre, cayendo bajo el imperio del complejo de Edipo.

Más tarde, cuando ya no puede sostener esa duda reclama para sus padres una excepción respecto de las odiosas normas del quehacer sexual, se dice con cínica corrección que a pesar de todo no están grande la diferencia entre la madre y la prostituta, pues ambas en el fondo hacen lo mismo. ..Empieza a anhelar a su propia madre en el sentido recién adquirido y a odiar de nuevo al padre como un competidor que estorba a ese deseo... cae bajo el imperio del complejo de Edipo (Freud, S. 2007. XI: 164).

Hay un reclamo ante la posibilidad de tener acceso a ese primer amor que es la madre, que además es entregado a otros hombres a cualquiera menos a él, justo a él que la ama tanto y que no puede disponer de ella, que no hay precio con el cual pueda él acceder a ella. Hay en esa imposibilidad de acceso algo imnentemente seductor de la puta para el hombre.

Respecto a la vida amorosa normal, “el valor de la mujer es elegida por su integridad sexual, y el rasgo de la livianidad lo rebaja” (Freud, S. 2007. XI: 161), y entonces es aquella mujer a la cual se quiere rescatar, a la cual el hombre procura salvarla de la indescendencia y de la infidelidad. La rescata no abandonándola y elevándola al nivel de objeto de amor intocable, la hace madre, le hace un hijo en el cual el resarce la deuda a su padre por haberle dado la vida y es de algún modo el padre.

Elaboraciones del Edipo desde la figura masculina que invisten a la mujer de acuerdo a las imagos infantiles de él y la hacen, o le demandan actuar en consecuencia, la subjetivizan desde un Edipo que en rigor no es el de ella. Hablemos sobre ellas que tienen tanto que decir acerca de ese lugar de objeto amoroso que por el cual se les aprehende en el lenguaje.

3.2. 1 Mujer e Histeria

Se habla de histeria, enunciándola como una estructura psíquica, aunque no exclusiva a un sexo u otro, encontrará Freud la recurrencia significativamente más en las mujeres que en los hombres y dirá al respecto, en su texto *Nuevas puntualizaciones de la neuropsicosis de defensa (1896)* en el cual señala haber hallado cumplida la

...condición específica de la histeria –*pasividad sexual en períodos presexuales*– en todos los casos de histeria hasta ese momento analizados, que se puede empezar a entender dado esa condición específica la frecuencia incomparablemente mayor de la histeria en el sexo femenino, que en efecto, es más estimulador de ataques sexuales aún en la niñez. (Freud, S. 2007. III: 164).

Se asoma con lo anterior ya una aproximación a la teoría del trauma en la histeria, la que discurriría en la explicación de, como primer momento haber pasado por una vivencia eficientemente traumática que tiene que ver con lo sexual. La sexualidad es traumática, se le calla, se le oculta, se le viste y reviste por que cuando la mirada reposa ahí, uno da un paso atrás ante tal espectáculo.

Freud en la carta 69 a Fliess fechada a 21 de Septiembre de 1897, enuncia que no tiene que ser un hecho acontecido, dará el mismo peso a un hecho real, que un hecho fantaseado de seducción, “y enseguida quiero confesarte el gran secreto que poco a poco se me fue trasluciendo en las últimas semanas. Ya no creo más en mi neurótica” (Freud, S. 2007. I: 301), con esto deja de creer en la explicación a la que había llegado sobre la etiología de esa neurosis, la de la histeria, la aportación será la realidad psíquica, ese hecho puede haber acontecido en la realidad y que ha atravesado por la represión lo cual lo coloque como un asunto psíquico, de lo inconsciente, independientemente del carácter, el criterio base, es decir lo que en 1896 ya había planteado en su texto “*La etiología de la histeria*” residirá en *la vida sexual*, en cuanto efecto de excitación, viviéndose ella en ello como pasiva, es ahí donde se marca lo que hará devenir histeria *a posteriori*.

Pero que ocurre ahí que de la primera escena deviene síntoma, cómo se anudó esa representación inconciliable. ¿De qué se trata la histeria?, de un deseo

insatisfecho. Recorramos un poco cómo es el acontecer del complejo de Edipo y el complejo de Castración, como los gestores de las estructuras clínicas de la psicopatología Freudiana, dado que es del cómo la pulsión se juega en estos dos complejos que devendrá histérica. El fracaso amoroso entre ella y su primer objeto de amor, la madre, y entre ella y el padre que se dispone a amar, atendiendo a las leyes que le prohíben ser la mujer de su padre, él le falla.

Martha Gerez, abordará a modo de conjetura lo siguiente en la historia de vida de Frida Kahlo respecto al deseo insatisfecho y su función.

Y es que esta tentación tiene que ver con el sostenimiento inquebrantable del deseo insatisfecho de la Kahlo. A pesar de haber recibido golpes brutales desde lo real ella da cuenta, desde su estrepitosa vida y desde su maravillosa obra, que la disolución inconclusa del Edipo del lado de las mujeres la mantiene, sin los riesgos de los avatares incestuosos, ligada en amoroso lazo con el padre de quien espera un resarcimiento. Así y en procura de conservar ese amor, queda más ligada a la demanda del Otro y, por tanto, aplacada de la exigencia superyoica (Gerez, M. 1999. p. 186).

Hay una falla del Otro, a saber que el Otro también está castrado. Instaurado ya el goce de la histérica, colocado más allá del principio del placer, es decir, como lo plantea Freud en el caso del hombre de las ratas, el goce, un placer ignorado ante el dolor.

Pero no es suficiente con señalar la existencia del Otro, castrado, es necesario indicar la importancia del fantasma de la histérica, éste, está empotrado en el complejo de Castración, en la histeria se trata de un deseo insatisfecho, se encuentra la pregunta, ¿soy hombre o soy mujer? ¿qué soy?, pero la pregunta por excelencia y la cual anidará y anidará la histeria es ¿Qué es ser mujer?, pregunta que la hará (a la histérica) marchar por caminos ominosos, laberínticos como los de Ariadna.⁸

Nunca puede calcularse el desenlace de la lucha entre los motivos: si se cancelará la represión o se le forzará. La incapacidad para cumplir la demanda real de amor es uno de los rasgos de carácter más esenciales de la neurosis: los enfermos están dominados por la oposición entre la realidad y la fantasía. Lo que anhelan con máxima intensidad en sus fantasías es justamente aquello de lo que huyen cuando la realidad se los presenta: y se abandonan a sus fantasías

⁸ Mito, sobre el hilo de Ariadna.

con tanto mayor gusto cuando ya no es de temer que se realicen (Freud, S. 2008. IV: 96-97).

Del psiquis al soma, del psiquismo al cuerpo, se mezcla en la histeria los dos mundos, el de lo físico y el de lo psíquico, vaya conflicto. La histeria observa una persistente, espera recibir del Otro, no la satisfacción que colma, sino una respuesta que frustra, tendrá la habilidad de saber cómo llevar una relación a su máxima tensión. El mecanismo constitutivo de la histeria, la fantasía, ya que su función es contenedora: contiene el goce de la histérica, sino fuera así, ésta caería en la locura, esa fantasía va a permitir que ese goce no se escape, será su fantasma, su deseo insatisfecho, se dedicará a sostener el deseo del Otro.

La mujer, subjetivizada desde lo femenino se mantiene en una búsqueda constante destinada (casi) siempre al fracaso. Así, vuelve del amor un recurso femenino, Marite Colovini al respecto *“el esfuerzo femenino vuelve una y otra vez a reinstalar el amor como suplencia de una falla que encuentra sutura”* (Colovini, M. 2008 p. 16) abertura que desde su anatomía se le re-vela, a la que desilusionada se enfrenta y planteará un camino para ella, no por eso (des)afortunado. La histérica tiene miedo al goce, por eso deja su deseo insatisfecho, porque sino enloquece, es por esto que en análisis lo que le dará posibilidad a la histérica llevarla a una histeria artificial en la cual se da cuenta que tiene un deseo, que ese deseo es insatisfecho.

3.2.2 Mujer Madre/Put

Encontramos a la madre como el significante que encarna la resolución del Edipo de la feminidad normal, la obtención del falo ausente en ella en ese hijo. Líneas anteriores se escribe que sólo de tener un hijo varón sería posible dicha resolución, lo cual es así si es que se puede hablar de una resolución del Edipo, un no metafórico sino metonímico, un desplazamiento de un significante a otro. Sin embargo, aún dando a luz a una hija que le recalca la falta, se procura y abre camino movido por el mismo deseo del falo, hay que recordar que el hijo en sí no es el objeto, es el significante que porta el falo, le

demandará a esa mujercita un marido, el cual pueda brindarle la posibilidad de la obtención de aquello que tanto espera. Nadie sabe tanto de la espera que una mujer, sobre todo siendo madre, está la espera de su príncipe, de su amor, y la tan delirante espera de nueve meses por un hijo, es tal vez esta espera la que promueve sea vista como pasiva. La pasividad se traduce en una sombra que está en el opuesto de la creación en la cultura, la mujer tendrá a su cargo el esperar a ser elegida para ser madre, será paciente ante los ciclos, los de su cuerpo y los que la estacionan en el discurso.

La madre es indispensable, se sabe en lo común la importancia de su presencia, es homenajeada como la madre naturaleza, la santísima madre, la madre patria “La causa del deseo humano como tal y como Freud lo descubrió se funda en la falta del Otro, en este caso de la madre” (Orozco, M. 2003. p.177), entiéndanse falta como ausencia de la madre, como espacio vacío y como la falta en la madre, la madre a la que le falta, es así que “Lo que Freud nos hace pensar es que, para que el deseo surja o se constituya la madre tiene que fallar en el cumplimiento de ese régimen de la necesidad” (Ibíd. p.177) ubicando como ese *régimen* a la función de alimentar al pequeño, y efectivamente la madre falla, la madre falta, a la madre le falta.

Culturalmente se encuentra el respeto ante la madre, las expresiones tiernas sobre todo del hijo varón, se le ubica como sufriente, “pobre madre” sufre tanto, ama tanto a sus hijos, hace tanto por el otro, hace tanto por sus hijos, ese amor tan entregado y “desinteresado” que siempre presenta una madre ante sus hijos, ese placer ignorado en el sufrimiento, su goce. La madre es una boca voraz que no se sabe cuándo cerrará y que amenaza con devorarlo, enloquecer(lo), enloquecer a ella y al hijo en una relación alienante en donde no hay uno Otro, en dónde la ley de que hace la interdicción se anula, este sería un camino distinto, el de la psicosis. La amenaza ahí está, la de castración, una angustia auténtica y un goce en juego “el camino hacia la muerte no es otra cosa que lo que se llama el goce...”(Lacan, J. 2009. 17: 5). El deseo materno es voraz, tendrá que consentir que no puede tragarse al hijo, eso que pone tope a la “completud” que bien podría matarla.

... no basta con la posición subjetiva previa de la madre, sino que es necesario que consienta, en la relación su hijo, ser privada de su objeto por el padre y que este consentimiento sea subjetivado por el niño. Sólo con esta operación se pondrá tope la devoración materna (Colovini, M. 2008. p.79).

Así bien, el significante *amor* juega entonces un papel tan importante en lo relacional de los sujetos, sobre todo en lo que respecta a lo femenino, que antepone la palabra a todo acto “desinteresado” de estar con otro, lo que permite reclamar exclusividad, la monogamia exigida por la mujer, quererlo para ella sola, y gritar “no soy yo suficiente para ti, tú lo eres para mí” ese amor devorador que espanta, y que aniquila, que quiere siempre más, aún más, esa promesa de hacerse uno, y es que la *notoda* sin definición universal, la incluye el deseo de ser deseada. Maritte Colovini (2008) lo dice desde su experiencia en la clínica de lo femenino y es que la mujer vuelve del amor un recurso para no caer en la locura, para sostener esa falta a la que se enfrenta de manera más directa que el hombre.

La cuestión sobre la dificultad de definir a la mujer, formula como un intento osado el planteamiento de que ella es un no hombre, es decir, parece que lo que queda claro es que no es un hombre, no es, así bien esa postura respecto al falo es una encrucijada en la que ambos seres convergen y terminan por devenir uno y otro “y en el que se produce, asimismo, la convergencia de los diferentes órdenes que Lacan definió como sus tres: lo simbólico, lo imaginario y lo real” (Rabinovich, D. 1995. p. 13). Es decir, es a partir de la significación de fálica para el significante falo que se producirá ese discurso desde los tres registros R.S.I que se articularan a través del lenguaje, recordando que el inconsciente es lenguaje, así, la mujer entra en la articulación de la sexualidad femenina, a partir de la acción de la metáfora paterna.

“[se trata de] la instalación en el sujeto de una posición inconsciente”. En primer término, esta frase implica que, para Lacan, se trata de la instalación, de la instauración, de una posición subjetiva. El falo, por ende, permite la instalación del sujeto en una determinada posición como sujeto del inconsciente, o sea, como S, que posibilita su identificación, a partir de dicha posición subjetiva, con “el tipo ideal de su sexo” (Rabinovich, D. 1995. p.16)

A través de la significación del falo, hay un sujeto del inconsciente y toma una posición subjetiva, sin decir con esto que el sujeto del inconsciente esté sexuado como uno u otro, efectivamente el inconsciente carece de sexo, la significación del falo responde a una relación del sujeto con el falo independientemente de la diferencia anatómica de los sexos. Los tres registros R.S.I vendrían a formar lo que en palabras freudianas es la realidad psíquica, esa que organiza al sujeto como tal, al sujeto barrado. Existe en el sujeto una demanda doblemente incolmable, la de la completud, eso que lo barra y que lo coloca como sujeto en falta, la movilización de la pulsión que no satisface la necesidad biológica ni a ese resto que retorna de la necesidad perdida, el deseo, que surge de la primera satisfacción irreplicable y eternamente anhelada.

Es sabido que la mujer mantiene una relación peculiar con el significante amor, y nombra así a toda acción encaminada a obtener algo que la complete, se encuentra al amor como el paradigma del objeto simbólico para ella, el amor es ya definido como dar lo que no se tiene al Otro, el falo, lo cual está destinado inevitablemente al fracaso en tanto que ambos en lo amoroso carecen del falo.

Por ello la demanda de amor, operado por la privación, culmina necesariamente en la frustración, en la medida en que es imposible responder a ella en el nivel del objeto estructuralmente perdido. Ella tampoco puede dar el objeto del deseo, ese retoño en el que la necesidad retorna con fuerza de necesidad lógica. El amor deja siempre un margen de insatisfacción. (Rabinovich, D. 1995. p.38)

Se encuentra con explicaciones anteriores, la posibilidad de plantear las diferencias que hay entre la relación con el significante amor entre hombre y mujer. Se encarna en dicho significante la especulación más engañosa respecto al acceso a la completud, y entonces el ser humano se enamora, el sujeto del inconsciente enviste libidinalmente a un objeto, se da el hallazgo de objeto, al que amará hasta que la muerte los separe según el dictamen, romántico, legal y religioso o los tres, es el amor el nombre que se le da a esa eterna búsqueda. Hay un deseo por ser uno, un tu y yo somos uno mismo que brinda al sujeto la idea de no estar barrados, de colmar la falta incolmable, la imposibilidad de ensamblar como rompecabezas uno en la falta del otro, encontrando el hueco acentuado de ambos.

La relación que establece la mujer respecto al amor, es una demanda devoradora, la mujer es el sujeto apasionado que entrega todas las expectativas a esa relación amorosa con el Otro que le da existencia como significante, que la nombra en el discurso en su discurso como “mi mujer”, y es que basta ver a una mujer que sufre de amor que es capaz de atentar contra su vida, y es que no es para menos, que piensa en la muerte como último camino para soportar ese dolor que además viene a repetirse, esa opción para aliviar el panorama, ése de (volver) a perder aquello que tanto ella ha deseado, apareciendo una vez más frustrada ante el intento, desilusionada. Una relación que exige una exclusividad, que la coloque a ella a su vez como único objeto de deseo para él, en la que él se encuentre en existencia sólo para ella. La que después de proveerse tranquilidad en la infancia a través de cuentos de hadas y la ilusión de la llegada del príncipe azul, se sitúa posteriormente en el registro de lo real, en un mundo rico de significantes.

Y es que el amor es a la mujer como la mujer es al amor, encontrando tal vez que lo único que tendría o que puede hacer en excelencia la mujer es amar, ser todo para el Otro, con tal de que el Otro sea todo para ella, se una con ella y la haga una, y es que se encuentra esa frase respecto a que la madre es la que enseña a amar, ¡y claro!, qué otro sujeto podría enseñar lo que es el amor que un ser que ha vivido simbólicamente castrada desde siempre y que lo ha gozado siempre. El deseo de ser uno, eso es lo que hay en el amor, esa idea de unir dos figuras incompletas para completarse, la idea que viene de crear *un ser* con la unión de un ovulo y un espermatozoide, esa idea de andar marchando como mitad de otro, y se circula, es lo que se habla, pero ¿sería posible ubicar que mitad y a qué proporción haría falta?, evidentemente la falta está en lo simbólico, en el discurso, en el aparato del goce, el lenguaje.

Entonces dar lo que no se tiene “el falo”, uno quisiera ser el falo del otro y ser deseado, ese es el asunto del sujeto, ser deseado, es su deseo, tal vez esto explica el por qué es el amor el significante bajo el cual los sujetos entran en relación, en lo simbólico son colocados como el todo del otro, el falo (especular) del otro, con el cual a uno no le “falta nada”, la mujer busca ser

deseada, ser el falo del otro para obtener el falo, y accesar a la “completud”. La rivalidad entre mujeres es notoria, la envidia se hace presente, es la envidia natural que las singulariza desde lo femenino, le envidia a la otra, lo que la otra pueda tener, los zapatos, los aretes, la envidia siempre.

Hablemos ahora de la que menos se habla, de la que afrenta y enfrenta a un deseo por debajo incestuoso. Qué ocurre con ella, retrocede el ser social ante dicha presencia, la manda a la oscuridad (im)penetrable, la calla y la penetra. Mujer devoradora desde otro lugar, es que ha caso ha encontrado la manera de procurarse la completud especular. Mujer que de entrada no se piensa en la pasividad, sino en su polaridad, correspondiente a la actividad, genera un sobresalto en el hombre la erección temerosa y placentera en su encuentro, en otras mujeres, espanto, horror de que haya una de su “género” que pueda gozar, sin quedarse insatisfecha y sin la obtención de un hijo. La puta se encuentra como cercana a la histeria y como posible polaridad de madre santa, vive en las sombras relegada de lo social, señalada con el peso y desprecio.

Así, su figura genera seducción y re/pulsión a su vez, y es que representa la posibilidad psíquica de llevar a cabo eso que es la primer prohibición que se instaura al sujeto, la imposibilidad de entrar en comercio sexual con su primer objeto amoroso, la madre. Estar con una puta es un deseo del hombre, es conocida esa frase que circula en lo social, de que los hombres quieren *una dama en la mesa y una puta en la cama*, y es que es eso lo que encarna la madre. Esa segunda característica para la elección de objeto de amor para el hombre, que pone en duda la reputación de la mujer, esa que es capaz de entregarse a un hombre, y a otro y a otro. Tomada como un insulto a la figura femenina “eres una puta” “tu puta madre”, es que verdaderamente ofende y angustia que ella puede ser su madre, que su madre sea o pueda ser una puta, ya que ha entrado en comercio sexual con su padre y además en la mayoría de los casos por placer, quedando descubierta la falsedad de una de sus teorías sexuales infantiles en las que atribuye al acto coital entre los padres un acto sádico.

Decirle puta a una mujer es el insulto más violento para ella, se le nombra así ante la posibilidad del engaño, de ella pueda estar con alguien más, aparecen

los celos que aparecen como necesidad en esta segunda condición de elección de objeto “se dice con clínica corrección que a pesar de todo no es tan grande la diferencia entre la madre y la prostituta, pues ambas en el fondo hacen lo mismo” (Freud, S. 2007. XI: 164). Esto pasa en el hombre, con el significante puta. Ahora bien, madre/puta no están en el psiquismo de la vida amorosa masculina tan alejadas, a él que la inviste de uno u otro significante.

Ya no podemos hallar contradictorio e inconcebible que la condición de livianidad de la amada se derive directamente del complejo materno. El tipo de vida amorosa masculina que hemos descrito lleva en sí las huellas de esta historia de desarrollo y puede comprenderse como una fijación a las fantasías de pubertad del muchacho, fantasías que más tarde han hallado empero una salida hacia la realidad de la vida (Freud, S. 2007. XI: 165)

Veamos que pasa en ella, en la puta real o en la real puta. En esta postura subjetiva, parece que el significante amor no figura como recurso al acceso al falo. Hay una dinámica distinta de la pulsión, en este caso es vuelta hacia la persona, desde un carácter narcisista, está el falo siempre para ella dispuesto, dispuesto a pagar su precio, puede obtener aquello que desde niña quiso, la obtención de esa representación fálica que encontraba en su padre, y al cual no podía acceder, además colocando a la figura femenina como “degradada” es una ofensa, una ofensa a esa madre que la hizo castrada, un reclamo, que se repite, pero además un puedo tenerlo, un poder en ella que tiene su precio.

3.3 Lo femenino y formas de subjetivación

El sujeto comienza a subjetivarse a partir de un discurso que lo recibe, de un mundo lingüístico que espera nueve meses a ese ser y que lo devora al nacer, lo coloca en el discurso de género de un lado o de otro, de lo masculino o lo femenino, esperando por esto que éste reaccione en consecuencia sin dificultad ni anormalidad, pero hay algo que no resulta del todo, aún con estereotipos, “roles” establecidos para uno y otro hay algo en él que para el discurso de la normativación no marcha de la mejor manera. Ese discurso de género no resulta suficiente para el sujeto, porque viene de otro lado, del lado

de la normalización a la cual el sujeto por fortuna (o no siempre), escapará. Butler dice al respecto:

El género no es exactamente lo que uno <<es>> ni tampoco precisamente lo que uno <<tiene>>. El género es el aparato a través del cual tiene lugar la producción y la normalización de lo masculino y lo femenino junto con las formas intersticiales hormonales, cromosómicas, psíquicas y performativas que el género asume".(p. 70).

Ése lugar genérico que funciona como dispositivo de homogeneización para el ser humano, el que trabaja con el sujeto cartesiano, no tiene cabida para el sujeto del inconsciente en tanto que éste aborda también al cuerpo pulsional.

A así desde lo femenino, histérica, madre o puta, son identificadas como posturas subjetivas para la mujer, y si hay algo que comparten es su anatomía, re-conocidas por el otro, aún con eso no descifradas. Habría que pensar, que esos modos de subjetivación son explicados a partir de la época freudiana y que por supuesto siguen vigentes hoy en día, sin embargo, resulta inevitable cuestionar si la época freudiana responde en idéntica circunstancia a la actual llamada por algunos posmoderna pueden ser éstos los únicos significantes que puede significar a la mujer ante los demás, es decir, en un modo riguroso se puede decir que hay tantas subjetividades de mujer como mujeres en el mundo, o eso se esperaría desde la clínica freudiana del caso por caso. "La experiencia del Edipo testimonia la predominancia del significante en las vías de acceso de la realización subjetiva, ya que la asunción por la niña de si situación no sería en modo alguno impensable en el plano imaginario" (Lacan, J. 2010. 3:253).

El psicoanálisis en tanto teoría y clínica del sujeto nos involucra, es por esto que no se puede pensar la clínica únicamente por el costado del paciente, el analista está ahí, en un lugar movable en el cual tendrá que saber colocarse, estar en un vaivén en un ir y venir, del odio al amor, ese significante sobre el cual la pulsión se juega, al amor transferencia. Freud habla al respecto añadiendo puntualizaciones a fin de comprender su papel nodal durante el tratamiento (1912). Es inevitable entonces que el psicoanálisis trate la

subjetividad, porque eso que le pasa al sujeto tiene que ver con el Otro y viene del real, de las contingencias del real por las cuales el sujeto es siempre atravesado, así la situación analítica es una estructura... *“la de la subjetividad, la que crea en los hombres la idea de que pueden comprenderse a sí mismo”* (Lacan, J. 2007. 1:13). Reconocimiento existencial, tú eres esto, dar cuenta que ahí dónde soy no me pienso, y dónde me pienso no soy, soy en los tropiezos, en los síntomas, en el chiste, en lo inconsciente.

El inconsciente está estructurado como lenguaje, y es el discurso del Otro. Le corresponde a Lacan situar al inconsciente como lenguaje, otra formulación que sostiene la clínica, si está estructurado como lenguaje, de qué otro modo podría abordarse la cura analítica, como aliviar el sufrimiento, sino es por el habla. El síntoma habla, el sujeto habla, el ser humano es la única especie que habla, por eso habrá que devolverle la palabra y callar, para que hable su deseo.

A nivel subjetivo, la realidad se construye alrededor de las ausencias y de la elaboración de las mismas. La mujer no sólo vive la ausencia de un pene en su cuerpo, también está ausente la relación madre-hija que destinada al fracaso, la concepción que se tiene en torno a ella, es que no es ni una ni otra, sino nada. En esta nada las mujeres esperan en convertirse en “algo”, esperan ser bajo todas las significaciones posibles, cargando a costas el resultado de abandonar a su madre su primer objeto de amor, y de tejer en ella una interminable hostilidad que la conduce a la antesala del sufrimiento. Un deseo de ser, de ser la mujer amada, o aunque sea la mujer golpeada pero ser, eso que al parecer su situación física y psíquica le niegan.

Volverse mujer y preguntarse qué es una mujer son dos cosas esencialmente diferentes. Diría aún más, se pregunta porque no se llega a serlo y, hasta cierto punto, preguntarse es lo contrario de llegar a serlo. La metafísica de su posición es el rodeo impuesto a la realización subjetiva en la mujer. Su posición es esencialmente problemática y, hasta cierto punto, inasimilable. (Lacan, J. 2009. 3:254)

Pero, realmente sufre, ¿es un total infortunio su condición?, ¿tiene que verse así siempre a la mujer? Se encuentra aquí la justificación clara del por qué es

el psicoanálisis el campo elegido para el desarrollo de la presente tesis, sobre lo femenino.

Se reconoce el carácter subversivo de la práctica clínica inaugurada por Freud, en tanto permitió que las mujeres tomaran la palabra para interrogar e interrogarse su deseo desde el sin sentido del síntoma. Freud permitió a las mujeres abrir su historia para significar sus dilemas y descubrir ahí algo de la urdimbre compleja de sus anhelos" (Orozco, M. 2003. p. 167)

Es el asunto de la ética de sí lo que permite entrar a la mujer en relación armoniosa con el Otro, una relación que no tiene que ver con forcluir la diferencia, sino con otro asunto, el de dudarse, cuestionarse, cuidarse, inquietarse respecto a su deseo para subjetivizarse a partir de éste, y devenir otra cosa, devenir sujeto que aunque en falta afortunado, por ser movilizado por el deseo que lo mantiene vivo.

Existe por lo tanto algo "más allá", una cosa "otra" distinta de lo que pensamos que es bueno para nosotros, y de lo que pensamos que somos cuando nos representamos a nosotros mismos que pensamos que deseamos o necesitamos. El "más allá del principio del placer" no es otro principio de regulación, sino algo que interrumpe siempre el "vínculo" de nuestra energía con nuestros fines, que somete a nuestro eros a toda una historia enmarañada. Por otra parte Freud afirmaba que la "otra satisfacción" peculiar a todos y cada uno de nosotros conlleva algo fundamentalmente mórbido. Esta es la razón por la cual nuestro deseo nos individualiza y por la cual, en este sentido, nuestra muerte siempre nos pertenece. Nuestros "síntomas" son las interpretaciones de la fatalidad que aún no podemos leer, y el inconsciente es el saber sobre esta fatalidad en acción en nuestras vidas (Racjman, J. 2001, p. 46).

La pulsión que se juega astuta y laberínticamente en nombre del deseo, lleva al sujeto a lugares insospechados, traduciendo lo que será el desenlace (in)fortunado de la damita. A través del enlace del cuerpo biológico con el cuerpo pulsional, estructura la falta desde otro lugar para lo femenino, dejándola ante la posibilidad de devenir cosas distintas, una estructura sin bordes, sin líneas, emerge sin previo aviso, ahora es una ahora es otra, hoy quiere mañana ya no, hoy llora mañana ríe sin dificultad alguna.

¿La mujer freudiana es la misma mujer de hoy?. De entrada si, toda la explicación a través de la cual podemos aproximarnos al estudio de la feminidad desarrollada por Freud, está, sin embargo, lo que habría que

cuestionar es, si la mujer de hoy, podría tener otras posibilidades de subjetivación, si partimos de la tesis sobre que el hijo es el portador del significante del falo, y que la pulsión no tiene objeto, puede pensarse que ese deseo, esa búsqueda pueda llevarla a otros senderos, o si es que ese significante hijo pueda alejarse en la cadena metonímica y pueda ser otras cosas (antes) que madre. Con lo anterior se busca brindar andamiaje a la idea de que en tanto que el falo no se encuentra en el terreno de lo tangible, palpable, no en la realidad fáctica, sino en el registro simbólico, puede tal vez encontrar otro camino a la resolución del Edipo, resolución momentánea que le permite andar, aunque después se embarque a otra promesa de completud, “Son las particularidades del orden simbólico, lo señalé de paso, las que por ejemplo dan el predominio a ese elemento de lo imaginario llamado el falo” (Lacan, J. 2009. 4:202).

¿De qué se trata al final de la fase preedípica y en los albores del Edipo? Se trata de que el niño asuma el falo como significante.... Se trata en suma de que se enfrente al orden que hará de la función del padre la clave del drama. (Lacan, J. 2009, 4:202)

¿La mujer es realmente esa imagen sostenida por la sociedad, es la mujer desvalida, castrada, y sufriente, es aquella que necesita de una institución que la protejan, que intercedan por ella ante la eterna injusticia de su atrofia?, Si bien basta recordar a mujeres en la historia que echan mano de su feminidad para mover el mundo, los comerciales televisivos dirán que con un dedo, mujeres femeninas astutas, que siguen su deseo. Si es la mujer la incógnita que exhibe la incertidumbre, esa tan terrible que a la que cuesta tanto trabajo mirar. ¿Necesita ella, la mujer de la feminidad normal, discursos feministas que la capturan en un envase de cristal para no ser tocada, en el cual ella misma no puede estar por que necesita gritar(le) al (O)tro “este cuerpo no se toca”. Si necesita del Otro, al que se le presentará como significante, un significante para otro significante, entonces su querella no tendría un Otro. ¿Requiere de la clasificación genérica que al enunciarla la enuncia débil, pero con la capacidad de entrar en la equidad con su opuesto?

Si las reformas laborales se encuentran elaboradas por el discurso de lo masculino, exigiéndole en nombre de la equidad de género que “ella” siempre

ha reclamado, el cumplir con las mismas horas de trabajo y exigencias que se le puedan presentar, forcluyendo la diferencia biológica que le sangra cada mes, los cambios producidos por la maternidad que la desgarran para siempre, los músculos distintos que no le permite rendir igual que el otro, además de su realidad psíquica que no termina por definirla. Ella y él no son iguales, aunque esos discursos posmodernos de acceso y derecho a la igualdad entre los seres humanos se desgasten por gritarlo y traten de vestir con la normativización a todos los sujetos para librarse de la incómoda presencia de un ser distinto, tropiezan ante el intento, fallan, les golpea la falta. No es por ahí que Freud se colocó al darle la palabra a la mujer, él dio la palabra al sujeto siendo el primero una mujer (histérica) la que le abrió el camino, la mujer que está abierta, que se abre ante la penetración, que se abre para parir un hijo, que abre la creación, que abre la posibilidad.

Si eso es ella, una no toda, inaprensible, por qué enmarcarla en cuadros “(in)amovibles, ese empeño por decirle que ser, cómo ser, cuando ella tiene esa posibilidad en sus manos. Qué pasa con la mujer, ¿su resolución será ubicarla en un lugar estable, ese hijo varón es la única posibilidad de resarcir su apertura? ¿Es ése el lugar, el de definirla lo que necesita, darle fin, cerrarla (especularmente), entonces quién dará frutos, quién portará la posibilidad para la ser?. ¿Entonces para dónde debe de aventurarse? A dudarse, a no aceptar de facto esos discursos que buscan forzarla a alienarse, los que brincan indignados ante la negación de denunciar al hombre golpeador que las tiene así, que le reclaman ante una decisión que para ellos trunca su carrera e incluso su vida, a inquietarse, a cuestionarse, a cuidarse. A construirse desde su deseo, aunque sea ese el que la lleve a buscar ser madre, y lo social brinque sorprendido si aquella mujer brillante intelectualmente haya terminado en ese fin que “todas” tienen, si es desde su deseo adelante, tener un hijo o no, hacer esto o esto otro. Moviendo o decunstreñendo el edificio de lo femenino es que se puede aspirar a otra cosa.

Guille Deleuze afirma que Foucault atravesó por “una crisis que le afectó en todos los terrenos: el político en el vital y en el del pensamiento” y añade que “La lógica de un pensamiento (pensé) es el conjunto de crisis por las que atraviesa...” (Deleuze citado por Rajman, 2001, p.15).

Tarea nada sencilla, permitirse entrar en crisis, en un espacio que promueve y provee todo para la “estabilidad”, a que nada falle, que nada falte. Mujer y hombres son distintos, mujer y mujer, hombre y hombre también lo son, se exige aceptar la radicalidad de lo categórico, encontrándose únicamente dos polaridades como lugares subjetivos de estar, de ser. Los discursos de género actuales, estipulan la búsqueda y el logro de la equidad de género, es decir un planteamiento sobre que hombres y mujeres somos iguales, buscando tal vez con esto encontrar un equilibrio social que permita una convivencia sana entre los sujetos, intención respetable, pero ese intento falla. En cultura y época capitalista en donde el mercado crea cada vez más y más simuladores del objeto pequeño “a” lacaniano, en la promesa del “te doy lo que te falte”, en donde el amor parece estar siendo remplazado como único significante para la labor de la búsqueda y nostalgia de la nada. Dudarse (in)cómoda, acomoda, (des)ajusta al sujeto bajo una ética, la de su deseo. Es por eso que la clínica psicoanalítica abre la puerta a la ocurrencia, aunque incomode la palabra que es zona larvaria al propio sujeto que la enuncia.

...el psicoanálisis puede acompañar al paciente hasta el límite extático del tú “Tú eres eso”, donde se le revela la cifra de su destino mortal, pero no está en nuestro solo poder de practicantes, el conducirlo hasta ese momento en que empieza el verdadero viaje “ (Lacan, Escritos 1: 92-93)

El pensamiento crítico tiene, por lo tanto, entre otras cosas, la tarea de detallar este costo, de analizar aquello que, sin saberlo, debimos habernos dicho o hecho a nosotros mismos para convertirnos en lo que somos (Racjhaman, 118).

Sacudir lo que se habitúa el sujeto a considerar tan indudablemente cierto, de dudar(se), de subjetivizarse a partir de su deseo, de romper con la inercia y la alienación de esa historia que se repite generación tras generación, de mujer a mujer, ese síntoma que “enferma” al sujeto y que es heredado por una vía más directa la del lenguaje y que encarna la tragedia del los sujetos con un mismo apellido, que la hace desgraciada desde su primer llanto, que le repite cada que es posible “las mujeres sufren siempre más que los hombres”, lo desfragmenta, lo angustia, cuándo se cuestiona sobre su origen y se (des)ordena simbólicamente, adviene, da al sujeto una esperanza de andar en

la vida de modo menos sufriente ante la lucha de la pulsión de muerte por completarlo.

“La grandeza de poder historizar, es tocar esas verdades que creemos que no se pueden tocar. La demanda del analizante es siempre sobre su origen, y eso enloquece. La búsqueda de la procedencia no fundamenta, al contrario: agita lo que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido (Foucault, 1978).

Distintas puertas de subjetivación, respondiendo a lo que al sujeto lo hace sujeto, a su deseo, la ética del deseo. Es que la pregunta por lo femenino sigue siendo *¿qué quiere una mujer?*”, es que con la explicación de lo que hay más allá del principio del placer, del anhelo a la completud encarnado en la pulsión de muerte, ¿no se sabe qué quiere una mujer?. Habrá que reformular el camino por el cual se pretende abordar a la no toda, aquella que ama sin formatos, considerando la inexistencia de su universalidad, y su múltiples formas de subjetivación, la tierna, la seductora, la enojona, la (in)estable, ella que emerge desde el deseo, desde el eros, ellas, nosotras las mujeres, podemos apostarle al camino por lo incierto, desplegarlos, desplazarlos desde y a la posibilidad de ser, de subjetivizarnos en un hijo o en un libro, en una familia o en una maestría o por qué no ambas, ser periodista, ser profesora, ahora se cuenta con más significantes para ser, para el ser hablante, finalmente no tenemos nada que perder, esa es la ventaja el (in)fortunio de lo femenino.

CONCLUSIONES

Trabajo difícil hablar sobre la mujer, un tema que por naturaleza ontológica no tiene fin, ni bordes, ni marcos que la con-tengan, ese ser que genera inquietud, que es inquietud, que es más preguntas que respuestas, que va de aquí allá sin saber bien a bien a dónde, un ser colocado en el naufragio y vestido por significantes que de pronto ya no le vienen bien, que no se ajustan a su cuerpo el pulsional. Justo la carencia de una definición universal la mantiene, es aunque sin ser, es ella, es notada, es la que se moviliza, la que el discurso del Otro intenta normar sin éxito y que no deja de generar incógnita incluso para ella misma.

Una quimera que no se define, condición que paradójicamente la define, la esculpe, se esculpe a partir de algo imposible de aprehender, el enigma impenetrable que no se detiene, ni se tiene, que se cuela entre los dedos del deseo del Otro. Sometida en el discurso a una atrofia, que termina por no importarle, por no portarla, que marcha en su deseo aunque inexplicable, que escapa a la comprensión de ella misma, su propia contingencia.

Se encuentran los discursos género malogrados, que buscan la equidad entre un ser y otro desde las categorías hombre y mujer, y dejando de lado a todo aquel sujeto que no se ciñe a uno u otro, se encuentran dificultades, que buscan certeza en los cuerpos anatómicos y que ipso facto son golpeados por la incerteza, ese cuerpo que está ahí y que no puede descifrarse que actúa de modos tan extraños e (in)explicables. Programas que se plantean como objetivo loable, rescatar a la mujer, ubicándola en esa redacción como víctima, como débil, que requiere que la defiendan tal vez de su propia condición de mujer, de su propia contingencia, que porta, y soporta, aguanta, que calla, que llora, sufre, pero también que crea, que manda, que ríe, que goza y que ama, el origen del mundo.

Una mujer, antes sólo histérica, madre o puta o ambas, tal vez ahora también, pero con más huecos para su desplazamiento, que como representante de la

lengua materna se despliega, puede hacerlo entre uno y otro significante para el Otro, para ella.

La tesis buscó plantear la problemática encontrada *De la pregunta por el ser, el deseo de(l) ser, al Ser Mujer: algunas consideraciones del sujeto del psicoanálisis del lado de lo femenino y su goce en los modos de subjetivación*. Una mujer que castrada, se construye como sujeto, es y no es, es todo lo que de ella dicen y nada a la vez, es un deseo que (des)articulado la hacer ser. Que busca desde su distancia con el falo, aquella representación fálica que la singulariza como mujer, como única e irrepetible subjetivación de su ser.

Hay una duda fundante para el sujeto, la de su origen y una búsqueda originaria, la de la repetición de la primera satisfacción, en la cual se siente especularmente completo, “nada” le falta ahí, en adelante todo faltará, será un asunto de la falta, el sujeto castrado, barrado. Hacer preguntas, es en modo riguroso hacer investigación, se investiga, se desanuda ante la imposibilidad de una respuesta, la real, la imposible de decir, esa pregunta que tomará otros tintes aunque siempre con el mismo fin que será un desplazamiento metonímico que nunca alcanzara su fin.

La clínica psicoanalítica permite llevar ahí, a ese espacio el rodeo de la duda fundante, reactivar la inquietud que moviliza, aquello que angustia, y provoca ser otra cosa, que lo pone de frente a su falta y aún con eso no trata de suturarlo ni de saturarlo de prótesis que alivien momentánea y especularmente dicha falta. El sujeto del inconsciente se juega ahí en la clínica psicoanalítica entre significantes, entre un no poder redondearse, una posibilidad de romper con la repetición que lo esclaviza al síntoma de Otros, a cuestionar(se) el mundo y su lugar respecto a él desde su falta, desde su condición de humano

El sujeto del inconsciente, el que desea y se moviliza, el que reprime aquello que resulta incómodo para el ser, pero que lo define como humano, el lenguaje con el cual se entreteje su realidad psíquica que es la que finalmente organiza la realidad fáctica. Ese que tiene cabida, que tiene falta a partir de la cual puede abordarse en el psicoanálisis, el que se toma en serio el lenguaje, y la

vida pulsional, esa realidad psíquica que a la anoréxica le dice que esta gorda aunque no lo esté.

Encontramos en lo contemporáneo cambios tangibles dentro de la sociedad, sobre todo respecto a la mujer, que ahora vota, que ahora habla, que dirige instituciones, que estudia que accesa a otros espacios jamás pensados en su pre-historia, sin embargo el discurso positivista parece marcha por la misma lógica ante ella, aun la victimiza, la protege desde una minusvalía corporal. Y es que hay una diferencia, que es justo la que se tendría que rescatar, la de la realidad psíquica entre uno y otro, hay que inquietarla, moverla, deconstruirla para que emerja desde su deseo algo distinto aunque en acto pueda pensarse es lo mismo, pero que venga de ella, que vaya más allá de esos significantes dados por el Otro para ella en tanto su anatomía, que sea, que aunque en naufragio se mueva a partir de la ética de su deseo, finalmente ella es no siendo una.

Referencias Bibliográficas

- Ackrill, J(1987) , *La filosofía de Aristóteles*. Caracas: Monte Avila Eds.
- Allouch, J. (2009). *Entrevista a Jean Allouch*. Revista Científica Guillermo de Ockman, Vol. 7, Núm. 2. Julio-Diciembre, p. 161-167. Universidad Buenaventura, Sede Cali, Colombia
- Aritóteles, *Acerca del Alma*, Ed. Biblioteca Básica de Gredos. (versión electrónica)
- Balmés, F(2002). *Lo que Lacan dijo del Ser*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Bersani, L. (2000). *Sociabilidad y sexualidad. Las comunidades electivas I. ¿Nuevos modos de subjetivación?* Revista Litoral No. 30. Mexico
- Brentano, F. (1874). *Psicología desde un punto de vista empírico*. [Versión electrónica]
- Butler J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona, Buenos Aires México: Paidós
- Casas, J. (2007). *De la Huella y el sueño: el estatuto del signo y la palabra en la representación de la vida psíquica*, Tesis Doctoral, México, Querétaro: UAQ
- Colovini, M. (2008). *Lo femenino en la clínica*. Rosario, Argentina: Laborde Editor
- Freud, S. (2007). Manuscrito K: las neurosis de defensa (1950[1892-99])). Obras Completas. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2007). *Tres ensayos de teoría sexual (1905)*. Obras Completas. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu

- Freud, S. (2007). *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (contribuciones a la psicología del amor I.) (1910)*. Obras Completas. Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2007). *Sobre la sexualidad femenina (1931)*. Obras Completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2007). *La etiología de la histeria (1896)*. Obras Completas. Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2007). *Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa (1896)*. Obras Completas. Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2008). *El sueño es un cumplimiento de deseo (1900[1899])*. Obras completas. Tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2008). *El problema económico del masoquismo (1924)*. Obras completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2008). *Más allá del principio del placer (1920)*. Obras completas. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu
- FREUD, S. (2008). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia 33: La feminidad (1932)*. Obras Completas, Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). *Sobre las teorías sexuales infantiles (1908)*. Obras Completas. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2004). *Correspondencia con Fliess. Carta 52*, Obras Completas. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2004). *La interpretación de los sueños (1900)*. Obras completas. Tomo V. Buenos Aires: Amorrortu

- Freud, S. (2004). *Pulsiones y destinos de pulsión (1915)*. Obras completas. Tomo V. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2000). *El método Psicoanalítico de Freud (1904[1903])*. Obras Completas. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2008). *Dos artículos de enciclopedia: "Psicoanálisis" y "Teoría de la libido" (1923[1922])*. Obras completas. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2008). *6ª conferencia. Premisas y Técnica de la interpretación (1916[195-16])*. Obras completas. Tomo XV. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2008). *La interpretación de los sueños. El sueño es un cumplimiento de deseo (1900[1899])*. Obras completas. Tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2008). *VII. Sobre la psicología de los procesos oníricos. C. Acerca del cumplimiento de deseo. (1900-1901])*. Obras completas. Tomo V. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2008). *Manuscrito K. Las neurosis de defensa (Un cuento de Navidad) (1ro de Enero de 1896)*. Obras completas. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2008). *De la historia de una neurosis infantil (1918[191])*. Obras completas. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2008). *El malestar en la Cultura (1930[1929])*. Obras completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2007). *Las neuropsicosis de defensa (1894)*. Obras Completas. Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu

- Freud, S. (2007). *Nuevas puntualizaciones de la neuropsicosis de defensa (1896)*. Obras Completas. Tomo III Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2007). *Carta 69 (1950[1892-99])*. Obras Completas. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud,, S. (2007). *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora) (1901[1905])*. Obras Completas. Tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud,, S. (2007). *La sexualidad en la etiología de las neurosis (1898)*. Obras Completas. Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (2000) *El método Psicoanalítico de Freud (1904[1903])*. Obras Completas. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu
- Gerez, M. (1999). *Imperativos del superyó: testimonios clínicos*. Lugar editorial.
- Jalil, A., Rodríguez, C. (2009). *“La Feminidad en el contexto Psicoanalítico”*. Tesis de Licenciatura. UMSNH
- Lacan, J. (2007) *Apertura del seminario*. Seminario 1, Los escritos Técnicos de Freud. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2007). El Seminario 1. “Los escritos Técnicos de Freud”. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2008). El Seminario 20 “Aun”. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2009). *I NUESTRO PROGRAMA*. Clase del 18 de Noviembre de 1959. La ética del psicoanálisis. Seminario 7. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2010). *I LA EXCOMUNIÓN*. Clase de 15 de Enero de 1964. Los Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario 11. Buenos Aires: Paidós

- Lacan, J. (2010). *II El INCONSCIENTE FREUDIANO Y EL NUESTRO*. Clase de 22 de Enero de 1964. Los Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario 11. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2010). *III DEL SUJETO DE LA CERTEZA*. Clase de 29 de Enero de 1964. Los Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario 11. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2010). *XIII DESMONTAJE DE LA PULSIÓN*. Clase del 6 de Mayo de 1964. Los Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario 11. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2010). *XVIII DEL SUJETO AL QUE SE LE SUPONE UN SABER, DE LA PRIMERA DIADA, Y DEL BIEN*. Clase del 10 de Junio de 1964. Los Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario 11. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2008). *V ARISTOTELES Y FREUD: LA OTRA SATISFACCIÓN*. Clase de 13 de Febrero de 1973. Aun. Seminario 20. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (1980). *El seminario de Caracas*. Recuperado en: <http://elpsicoanalistalector.blogspot.mx/2007/08/jacques-lacan-el-seminario-de-caracas.html>, 22 de Enero de 2013.
- Lacan, J. *Del sujeto al que se supone saber, de la primera diada, y del bien*. Clase del 10 de Junio de 1964. Los cuatro conceptos fundamentales. Seminario 11. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2009). *VIII. Más allá del "Principio de Realidad" Escritos 1*. México: siglo XXI

- Lacan, J. (2009). VIII. La frigidez y la estructura subjetiva. Escritos 2. México: siglo XXI
- Lacan, J. (2010). *La pregunta histérica (II): ¿Qué es una mujer?*. Seminario 3. La Psicosis. Buenos Aires: Paídos
- Lacan, J. (2010). XII. *Del Complejo de Edipo*. Seminario 4 La relación con el objeto. Buenos Aires: Paídos
- Lacan, J. (2004). Entrevista realizada en 1974 por Emilio Granzotto. Inédita hasta 2004.
http://www.psicocuestiones.com.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=63:entrevista-a-jacques-lacan&catid=38:articulos
- Melenotte, G.H. *Seminario de l'école lacanienne de psychanalyse, "La práctica psicoanalítica"*, organizado por la revista *Litoral*, octubre de 2008, Querétaro.
- Morales, H. y cols. (1996). *Escritura y Psicoanálisis*. México: Siglo XXI
- Orozco, M. (2003). *La noción de Destino en el pensamiento de Freud*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
- Oyervide, P. (1996). *El psicoanálisis y su transmisión (1988)*. Constancia del Psicoanálisis. Coloquios de la fundación. México: Ed. Siglo XXI
- Platón, (2005). *Diálogos, El Fedón o del Alma*. México: Porrúa
- Ponty, M(1985). *El cuerpo como ser sexuado', en Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Ed. Península
- Racjman, J. (2001). *Lacan, Foucault y la cuestión de la Ética*. México: école lacanienne de psychanalyse
- Soler, C. (2007). *Lo que Lacan dijo de las mujeres. Estudio de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paídos.

Sófocles, (2006). *Edipo Rey. Edipo en Colona. Antígona*. México: Grupo Editorial Tomo S.A. de C.V.

Vegh, I. (2006). *Las letras del análisis, ¿Qué lee un psicoanalista?*. Buenos Aires: Paidós.